



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Ríos*, Alarcón, Arca, Sra. *Avellaneda*, Sres. *Asquerino*, *Añón* (Marqués de), *Alvarez* (M. de los Santos), *Arnao*, *Ayala*, *Alonso* (J. B.), *Araquistain*, *Anchorena*, *Aizcorne*, *Ardanaz*, *Ariza*, *Antonio Guerra* y *Alarcón*, *Arrieta*, *Balaguer*, *Baralt*, *Barzanallana* (Marqués de) *Becerra*, *Benavides*, *Bona*, *Borao*, *Borrego*, *Bueno*, *Bremon*, *Breton de los Herreros* (Manuel), *Blasco*, *Burell*, *Buitrago*, *Calvo Asensio* (D. Pedro), *Campamór*, *Camús*, *Canalsjas*, *Cañete*, *Cardozo*, *Castell*, *Castro* y *Blanco*, *Cánovas del Castillo*, *Castro* y *Serrano*, *Calavia* (D. Mariano), *Calvo* y *Martin*, *Cazurro*, *Cervino*, *Cheste* (conde de), *Collado*, *Cortina*, *Corradi*, *Colmeiro*, *Correa*, *Cuesta*, *Cueto*, Sra. *Coronado*, Sres. *Calvo Asensio* (D. Gonzalo), *Comenga*, *Cañamaque*, *Calcaño*, *Dacarrate*, *Díaz* (José María) *Díaz Pérez*, *Durán*, *Duque de Rivas*, *Echevarría*, (J. A.) *Espin* y *Guillen*, *Estrada*, *Echegaray*, *Equilaz*, *Escosura*, *Estrella*, *Eulate*, *Fabí*, *Ferrás del Río*, *Fernandez* y *Gonzalez*, *Fernandez Guerra*, *Fernandez de los Ríos*, *Fermin Toro Flores*, *Figueroa*—*Figueroa* (Augusto Suarez de), *García Gutierrez*, *Gustavo Baz*, *Gayangos*, *Galveste de Molina* (D. Javier), *Graells*, *Jimenez Serrano*, *Giron*, *Gomez Marin*, *Güel* y *Rente*, *Guellbenzu*, *Guerrero*, *Incenga*, *Harizenbusch*, *Iriarte*, *Janer*, *Jaumeandreu*, *Labra*, *Larra*, *Larrañaga*, *Lasala*, *Lezama*, *Lucas Mallada*, *Lopez Guizarro*, *Lorenzana*, *Llorente*, *Lafuente*, *Macanaz*, *Machado* y *Alvarez*, *Martos*, *Mata* (D. Guillermo), *Mata* (D. Pedro), *Mañé* y *Plaquer*, *Medina* (D. Tristan), *Merele*, *Montesinos*, *Molins* (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Malazarriaga*, *Ochoa*, *Olavarría*, *Olavarría* y *Huarte*, *Ortiz*, *Ortiz de Pinedo*, *Olizaga*, *Pomplio Gener*, *Palacio*, *Pasarón* y *Lastra*, *Pascual* (D. Agustín) *Perez Galdós*, *Perez Lirio*, *Pi* y *Margall*, *Poye*, *Rainoso*, *Retes*, *Revilla*, *Ríos Rosas*, *Ribera*, *Rivero*, *Romero Ortiz*, *Rodriguez* y *Muñoz*, *Rodriguez* (G.), *Rosa* y *Gonzalez*, *Ros de Olano*, *Rossell*, *Ruiz Aguilera*, *Sagarmínaga*, *Sanz Perez*, *Sanz*, *Salvador de Salvador*, *Salmeron*, *Saromá*, *Selas*, *Sevilla Serrano* *Alcazar*, *Selles*, *Tamayo*, *Truaba*, *Tubino*, *Talero*, *Ulloa*, *Valera*, *Velez de Medrano*, *Vega* (*Ventura de la*), *Vidart*, *Wilson* (baronesa de), *Zapata*, *Zobel*, *Zaragoza*, *Zorrilla*, *Sanjuana* (D. Ramon de), *Cemborain* y *España* (D. Eugenio), *Acosta* (D. Juan), *Ribot* y *Fontseré*.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Abril de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—*La Unión Hispano-Americana* (continuación), por Ramón de Sanjuán.—*El Archipiélago filipino*, por R. Ortíz y Beneyto.—*Tomás Luis de Victoria*, por Carlos Guerra y Gómez Talavera.—*El Movimiento religioso en Europa y América*, por Nicolás Díaz y Pérez.—*Divorcio imposible*, por Cándido Rodríguez Pinilla.—*Noticias científicas*, por Rodrigo Sanjurjo.—*La primavera*, por Elvira Solís.—*Cervantes*, por Antonio Guerra y Alarcón.—*La Virgen de la Almudena*, por J. Alvarez Sierra.—*Baladas Americanas*, por Luis Ricardo Forts.—*La Cuerda de cáñamo* (continuación), por Francisco Martín Arrúe.—*Comercio de la Isla de Puerto-Rico*, por J. Gimeno Agius.—*Revista de Madrid*, por Eugenio de Olavarría y Huarte.—*Anuncios*.

REVISTA POLÍTICA

La coalición de los partidos liberales ha dado inusitada animación a la política; de pronto las pasiones se han encendido, se han unido los dispersos, han despertado los indiferentes y en todas partes se ha notado un renacimiento político de buen agüero para el porvenir de nuestras instituciones liberales.

En ello ha influido grandemente la calidad de la candidatura liberal que se presenta a los electores de Madrid, y en la cual figuran en lo político todos los jefes de partido, y en lo social, banqueros, títulos, grandes propietarios é industriales, como en demostración de las grandes fuerzas vivas que viven apartadas del partido gobernante.

Del sentido de la candidatura da idea la que votarán los electores liberales en el distrito del Centro, y que la forman los señores Castelar y Sagasta.

Este último en el Congreso ha definido recamente el objeto de la coalición al decir que no es otro que la regeneración del sistema parlamentario.

Con este motivo se ha suscitado un impor-

tante debate, en que el Sr. Somero Robledo ha puesto de manifiesto el escaso aprecio en que tiene al cuerpo electoral, y el Sr. Cánovas ha procurado suavizar las asperezas suscitadas por su ministro de la Gobernación.

De todos modos, el hecho de la coalición es de tal trascendencia, que el Sr. Salmerón, uno de los coligados, ha podido decir que era el más importante desde la Restauración acá. Y es que, sin contar con el hecho de la unión de todos los liberales españoles para las elecciones municipales, se han efectuado dos grandes conciliaciones: la de los liberales monárquicos y la del partido republicano. Esta última más bien parece resurrección.

El último domingo se celebraron en Grecia las elecciones generales de diputados. Ya dijimos en su tiempo en qué condiciones el señor Tricoupis fué echado del poder por el Sr. Delyannis, el cual, no habiendo podido constituir Gabinete, tuvo que ceder nuevamente el puesto al Sr. Tricoupis. Esto dió por resultado la disolución de una Cámara, que en pocos días otorgó su confianza al jefe de la oposición y al jefe del gobierno.

La agitación del país durante el período electoral ha sido grande. La oposición ha comprendido que jugaba su última carta, y que en caso de derrota no podría en mucho tiempo derribar un gabinete que, teniendo el apoyo del Rey, tendría la confirmación popular. El partido del gobierno no ha defendido con menos ardor la posición conquistada; más de noventa y ocho oficiales han pedido permiso al ministro de la Guerra para presentar sus candidaturas.

Todo el esfuerzo de las oposiciones en esta campaña electoral se ha dirigido a reducir los gastos y a suprimir las cargas impuestas al país por el ministerio Tricoupis. Los partida-

rios del gobierno han pedido a los señores Delyannis y Deligeorgis, que hablaban de la bancarrota inminente, de qué medios se valdrían para impedir la catástrofe anunciada, puesto que su programa lo anunciaba así. La respuesta ha sido tan poco conveniente, que se han guardado bien de proponerla como remedio del mal.

Como sucede frecuentemente en Grecia, los votos no se han dado a los programas políticos. Las cuestiones de principio no han tenido gran influencia en la elección de candidatos, ha imperado el interés personal, y en todas partes han triunfado políticos de opiniones encontradas. Atenas ha sido la única ciudad donde la lucha se ha llevado al terreno verdaderamente político.

Conviene recordar que la oposición es siempre dinástica, y lo es por instinto y por razón, porque la monarquía sirve de barrera opuesta a las tendencias particularistas de las provincias. El partido republicano puede decir que existe en Grecia; en la última Cámara no había más que tres diputados pertenecientes a dicho partido, Koldas, elegido en Atenas; Philaretos, que lo fué en Patros, y Rhigopanlo, representante de Valo.

Antes la guerra que una paz deshonrosa. Tal es la síntesis, la opinión autorizada del *Standard*.

El periódico de Londres declara que si el gobierno obliga al país a pasar por la vergüenza de una paz deshonrosa, el gabinete Gladstone durará muy poco.

El *Standard* concluye diciendo que a seguir el gobierno inglés por el camino de las concesiones humillantes, la *France* tiene razón cuando asegura que a fines del presente siglo

Inglaterra habrá perdido la India, el Canadá y la Irlanda.

Por último, el criterio general de la prensa inglesa es que no debe comprarse á tan alto precio una paz que sólo puede durar dos años, dadas las tendencias de Rusia y su deseo de engrandecerse.

El lenguaje que usa el *Standard* condensa el de la prensa inglesa en general, que es muy belicoso.

El almirantazgo de Inglaterra trabaja con actividad en sus preparativos de guerra, utilizando los vapores mercantes interoceánicos para formar una flota auxiliar.

A este fin han sido armados como cruceros, con abundante material de guerra, diez grandes vapores de grandes condiciones maríneas.

La Gran Bretaña no se lanza jamás á una guerra sin muchas probabilidades de victoria, y por eso su ejército muy pocas veces ha sido vencido.

Por otra parte, todas las noticias que la prensa extranjera recibe de San Petersburgo demuestran que Rusia está admirablemente preparada para la guerra, y no hay que esperar de ella concesión alguna donde se considere que puede ni siquiera discutirse el honor de sus generales.

Las órdenes para el llamamiento de la primera clase de la reserva han sido transmitidas á los depósitos y á los cuerpos militares; se han dado minuciosas instrucciones para facilitar la reunión de los destacamentos y se han hecho tratos con las municipalidades y las parroquias para poner á disposición de la autoridad militar los establecimientos públicos, mercados, iglesias, etc., á fin de acuartelar á los individuos que se incorporen á los respectivos regimientos.

El territorio ruso se divide en diez y siete distritos militares, cada uno de los cuales constituye su cuerpo de ejército; el del Cáucaso consta de dos cuerpos de ejército.

Cada cuerpo de ejército comprende tres divisiones de infantería y una división de caballería. La infantería se compone de cuarenta y ocho divisiones activas y veinticuatro pertenecientes á la reserva. Cada regimiento está mandado por un coronel, y cada batallón por un teniente coronel, los regimientos de la guardia están mandados por generales. Estas tropas están armadas con fusiles Berdan y vistén levita de color verde oscuro, un pantalón del mismo color, botas altas, capote gris y talpak de astracán negro.

Hay 21 divisiones de caballería, formadas de diez regimientos de la guardia, 47 regimientos de dragones y 21 de *cosacos regulares*, formando un total, salvo los cosacos, de 356 escuadrones.

Los *cosacos irregulares*, forman 131 regimientos. Sujetos al servicio militar desde la edad de diez y ocho años hasta la de treinta y seis, permanecen cuatro años bajo sus banderas; luego están obligados durante cuatro años más á sostener caballo, equipo y armamento. La caballería regular tiene un efectivo de 54 192 hombres, y en caso de guerra pueden á ella unirse 138.000 cosacos. Los dragones están armados con carabinas Berdan y sable en bandolera; los cosacos han conservado la lanza llevando además carabina, pistola y puñal.

La artillería de campaña de los ejércitos de Europa y del Cáucaso consta de 54 brigadas con seis baterías de ocho piezas, 34 baterías á caballo y 32 unidas á las tropas cosacas irregulares.

Hay además seis brigadas de ingenieros.

El ejército está mandado directamente por el emperador, que cuida mucho de la instrucción de sus tropas.

Respecto á los temores que la casi inminente guerra entre Rusia é Inglaterra infunde en diversas naciones, el corresponsal de *Daily News* en Copenhague, dice que allí se siguen con ansiedad las negociaciones entre Inglaterra y Rusia sobre la cuestión afgana.

Varios periódicos daneses abrigan el temor de que, en caso de guerra, una de las potencias beligerantes se apedere de Copenhague, á

fin de hacer á dicha población base de sus operaciones en el Blático.

El periódico árabe *Lureza* anuncia que el cheikh Ul Islam de Cabul tiene intención de mandar una comisión de ulemas y de derviches, cerca de los Khans de Bokhara y de Khiva, para anunciarles que la guerra entre Rusia y el Afghanistan está á punto de empezar, demostrarles que dicha guerra no solamente ofrece carácter político, sino también religioso, y que amenaza la independencia de otro país mahometano. Tendrá también dicha comisión el cometido de pedir socorros y de aconsejar á los turcomanos que aprovechen la ocasión que se les ofrece para librarse del yugo de Rusia.

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CONTINUACION DEL CAPITULO II

Geografía topográfica é historia de Méjico.

Continuaban los españoles en Quiabislan siendo objeto de toda clase de consideraciones por los caciques antes dichos y otros comarcanos, que, sabedores de la libertad que gozaban los de Zempoala y Quiabislan, habían ido á jurar obediencia á Cortés, como representante del poderoso rey de España, poder que se dejaba sentir en sus súbditos sin necesidad de emplear medios violentos; pero había que fijar la villa de Vera-Cruz y eligieron el terreno fértil y hermoso que existía á media lengua de Quiabislan, cubierto por corpulentos árboles, y el agua serpenteaba con abundancia por entre los matorrales, dando á la virgen tierra más fecundidad y á la atmósfera fresca, esta fué la ciudad creada por los españoles sobre la costa, cuyos cimientos fueron hechos de rocas sudmarinas.

(1) Empezaron sus trabajos con el afán y la precipitación propios del que desea tener una fortaleza para poderse refugiar en caso de inevitable peligro.

Pronto corrió la voz por los Estados del tirano rey, que los caciques de Zempoala, Quiabislan y los de terrenos próximos trataban con cordialidad á los españoles. Motezuma, cuyo carácter era violento, armó y puso en pie de guerra un numeroso ejército para castigar el delito de no dejarse subyugar por la arbitraria voluntad de su señor, dejarse dominar cuando en sus oídos habían oído la palabra de libertad que hace al hombre un dios, y la bestia menos bruta, libertad que es el progreso de los pueblos, madre del trabajo y ley absoluta de la economía, libertad que abre el camino para todos, que á todos nos cobija y nos envuelve con su manto, guardándonos del frío tiránico de un déspota, y nos da el calor de la vida; no era, pues, muy fácil volver á someter á aquellos caciques, que al estilo de nuestros señores feudales, disponían de vidas y haciendas, pero quizá más humanos, puesto que de sus ojos brotaban las lágrimas cuando tenían que dar un tributo que pudiera perjudicar los intereses de sus pueblos, mientras que los antiguos señores de horca y cuchillo no titubaban en sacrificar sus súbditos por interés mezquino, cuando no lo arrojaban á la guerra, guerra fratricida y guiada por un acto de orgullo que le llamaban honor; pero estando el emperador Motezuma haciendo preparativos para la guerra, llegaron los indios que había puesto Cortés en libertad, y como esta es tan preciosa, puesto que ya no es hombre, sino hasta la tierna avecilla que alegre en un día vuela de árbol á árbol, de jardines á la pradera, dando al aire sus melancólicos trinos, dichosa y feliz, lleva con su propio pico, cruzando quién sabe los espacios, el grano de la dorada espiga, á su compañera que, tierna y amante, cuida de sus hijos; pero llega un momento fatal en que baja á beber agua para apagar su sed, y es presa en la red, arrancándole la dicha de ver á sus hijos, de no cantar más en aquellos sus lugares, todo por la sola voluntad de uno que entretiene el tiempo en quitar la felicidad á seres inocentes; así es que cuando estuvieron en presencia de Motezuma elevaron á Cortés á la altura que merecía para ellos; en vista de esto, mandó el príncipe del vasto imperio de Méjico que cesasen los preparativos de guerra, y en lugar de presentarse ante nuestros compatriotas un ejército numeroso, iban á ser presentados dos sobrinos de Motezuma con rico regalo, en prueba de gratitud por su comportamiento.

Cortés los agasajó con aquellos objetos en que tanta estima tenían los indios, marcharon contentos, aunque no del todo, puesto que los ejércitos de Castilla continuaban en aquellos terrenos.

El cacique de Zempoala llegó á Veracruz pidiendo amparo para sus súbditos, diciendo que los mejicanos arrollaban todo lo que á su paso encontraban, destruyendo los bienes de su pueblo; Cortés, que no creía que podía aquel cacique esconder el ardor del engaño, dispuso marchar con sus tropas á Zimpacingo, enemigos

de los zempoales, á castigar á los ficticios mejicanos; el Sr. de Zempoala armó y tuvo dispuestos dos mil y pico de hombres para que ayudasen á los españoles en la jornada.

Llegaron al fin á la ciudad de Zimpacingo, después de mil contratiempos á causa de lo escabroso del camino; la vanguardia de los indios había ya internado en la ciudad, cometiendo toda clase de arbitrariedades, cuando unos sacerdotes salieron á preguntar á Cortés, por qué querían castigar á aquellos pacíficos ciudadanos, sacándole del engaño que había sufrido, puesto que los zempoales perseguían á los zimpangos, enemigos suyos, y no á los mejicanos que no existían en aquellas comarcas; pero Cortés, que de todo sacaba partido, consiguió la amistad de los dos caciques, hallando con ella mayores fuerzas para su empresa; pasaron luego á la ciudad los españoles, siendo recibidos con entusiasmo y sintiendo todos los zimpangos que les abandonasen tan pronto. A pocas leguas de Zimpacingo estaba el cacique de Zempoala con bastimentos. Cortés disculpó el engaño y todo pasó como pasa la tempestad en el verano, dejando sólo la frescura del agua y el recuerdo por algunas horas; llegaron á Zempoala en la ocasión que se celebraba una función solemne, ocultándose de los españoles para poder ejecutar los sacrificios, pero sabedor de ello Hernán Cortés marchó al templo de la idolatría y derrumbó á vista del cacique los ídolos levantando en aquel lugar, después de santificado, la efigie de María Santísima, orlada su frente por flores nacidas en un nuevo mundo donde había más tarde de tener adoradores.

Marcharon á Veracruz, y encontráronse con la llegada de un bajel con caballos, una yegua y diez soldados, cosa que celebraron mucho; dispúsose que escribiera la República de Veracruz á S. M. el emperador Carlos V, dando cuenta de todo y de los nuevos terrenos que podía añadir á su Imperio, lo que, efectuado, se nombró quién tenía que efectuarlo, y se dieron á la vela el 16 de Julio de 1519, llevando todas las riquezas de oro, algodón y otros productos que habían recaudado legítimamente (1).

Pero en vista de que todas las riquezas se las llevaban al Rey, algunos soldados dispusieron escapar con un bajel y avisar á Diego Velázquez para que prendiese el bajel, que sin tocar en Cuba, marchaba con rumbo á España; pero fueron descubiertos con las manos en el delito, siendo castigados según la disciplina del ejército.

En vista de que los ánimos continuaban excitados todavía, reflexionó Cortés la manera de poder mantener á su gente sujeta á su voluntad de Capitán general, sin ponerse en frente de ellos, porque casi siempre suele producir efectos contrarios; una idea atrevida y heroica, le vino á la mente, idea que la Historia la encomia, á la que quizá se debe la total conquista de Nueva-España; ganó á varios marineros, é hizo correr la voz que los bajeles completamente deteriorados por las aguas, los vientos y lo desabrigado de la ensenada, se iban á pique; fueron á exponer á Cortés, autor de esta intriga sublime, la conveniencia de destruir las embarcaciones, en efecto, Cortés dispuso que fueran deshechas las naves puesto que de nada servían y quitaban unos cien hombres ocupados en ellas; fué efectuada la orden, aunque no á gusto de la gente, pero tampoco recelosa de su capitán.

Preparóse la jornada, y cuando todo estaba dispuesto, apareció un bajel y de él saltaron varios que requirieron á Cortés en nombre de Velázquez; pero no siendo ésto de interés, nos concretaremos á decir, que el bajel continuó su rumbo y que ganaron siete soldados que saltaron á tierra; el cacique de Zempoala dispuso hombres para que llevasen los cargamentos y arrastrasen las seis piezas de artillería que contaba el ejército de Cortés, compuesto solamente de quinientos infantes y unos dieciséis caballos, de los cuales dejaron dos con ciento cincuenta soldados de guarnición en Vera-Cruz á las órdenes de Juan Escalante, marchando con el resto á continuar su expedición civilizadora; como hemos dicho, el cacique de Zempoala dió hombres armados y Cortés tuvo buen cuidado que entre estos fueran indios nobles; cruzaron sin dificultad alguna los terrenos de Jalapa y Texuela y después de muchos trabajos, á causa de andar tres días consecutivos por ásperas sierras, falta de alimentos y arrecidos del frío y empapados por el agua que el cielo les enviaba, llegaron á Zocothlán, provincia populosa y en la que hallaron buena acogida por parte de su cacique, que en lucido acompañamiento salió á recibir á nuestros sufridos soldados, aun cuando en la acogida había más temor que buena voluntad. Quedó alojado el ejército con ciertas comodidades,

Al día siguiente el cacique fué á hacer la visita á Cortés con mayor ostentación, recibíéronse cumplidamente, y en breve entraron en conversación respecto á Motezuma; esperaba, sin duda, Cortés que saliesen de aquellos labios las mismas quejas que había escuchado de los demás, pero no fué así; habló de su rey con entusiasmo y ponderó las grandezas y riquezas del señor de todos los terrenos de la Nueva España; pero Cortés replicó con varonil entereza, manifestando que había en

(1) Malte Brun.

(1) Pues eran dadas de caciques y de Motezuma.

la tierra otro príncipe mayor que su señor; despidiéronse, y desde aquel momento estuvieron más solícitos en cuidar de Cortés y agasajar á su ejército.

Era necesaria la partida, y estuvieron indecisos qué camino tomar, decidiéndose por el de Tlascalá, desechando el de Chalula, que proponía el cacique de Zocothlan; púsose en marcha el ejército, compuesto de los españoles y de indios naturales de Zempoala, Quiabislán y unos indios nobles que puso á disposición de Cortés el de Zocothlan; pronto descubrieron los confines de la República de Tlascalá, que se hallaba en guerra; hicieron alto para no llamar mucho la atención en circunstancias como estas y no se atemorizasen los habitantes belicosos de la República.

Mandó Cortés cuatro emisarios á la República con el objeto de que les facilitasen el paso: los cuatro indios adornáronse con las insignias de embajadores, llevando en la mano unas plumas blancas en demostración de paz; fueron alojados, y se convocó el Senado para escucharlos; al día siguiente, en una sala bastante espaciosa, se hallaban sentados los representantes de los pueblos tlascaltecas por orden de antigüedad, llevando siempre la voz el más antiguo; allí no había más presidente que él, y no era elegido por tal ó cual agrupación política, sino por las blancas canas que el tiempo había colocado en su anciana cabeza; no existían diferencias de color político, no eran senadores de la República para tratar de cuestiones estériles para el país, sino para ocuparse de éste; ocupar el tiempo en bien de su patria y no en habladurías, que dejan que corran las horas preciosas para la felicidad de los pueblos, en tratar asuntos personales, guiados por el odio ó pasión de partidos: aquella pequeña República de Tlascalá entendía mejor la política de los pueblos que la entienden hoy las nacionalidades. ¡Qué bello ideal! Una República que deja que sus habitantes elijan ampliamente sus representantes, sin oposición alguna por parte del poder constituido, puesto que no existía más poder que el del Senado, ir después esos representantes á ocupar el puesto que le confiere su departamento, y sin lucha por la elección de presidente, porque el presidente tiene orlada su cabeza de hilos de plata, su rostro enjuto y lleno de arrugas, su cuerpo encorvado por los años; es decir, que posee la experiencia, el respeto y la antigüedad; estos son los pueblos que viven dichosos y no otros.

RAMÓN DE SANJUÁN.

(Continuará.)

EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

Dadas en nuestro anterior artículo algunas ligeras ideas del clima y cuyas más notables diferencias señalaremos más adelante, echemos hoy una ligera ojeada por todo el Archipiélago en su parte topográfica para después entrar en asuntos de mayor interés.

Hemos descrito, aunque someramente, la gran isla de Luzón, y siendo por su extensión después de esta la más importante la de Mindanao, daremos algunos detalles de ella, si no tan minuciosos como de la anterior, en atención á que ni por sus adelantos ni por su importancia ha de fijar tanto nuestro interés, al menos lo suficiente á dar una idea de ella.

Es hermosa y extensa, está situada al Norte del mar de los Celebes, que baña la punta de Mindanao y ocupa los 128°48' longitud y 5°32' latitud.

Forma su costa algunos cabos é islotes hasta la punta de Bambau, que da acceso á las grandes bahías de Bougó é Illano, y en la parte Oeste las de Boyan y Engañosá.

Sus principales puntas son las de Pagau, Sicayap, Taglo, Iligan, Salaban y Banajan. De sus ríos debemos mencionar el Salanguan, el Tubuan, el Siroto y el Butuan.

Separa á Mindanao del Archipiélago Joloano el estrecho de Basilau y en este punto dan comienzo las aguas del mar de Mindoro que baña las costas orientales y boreales de la isla.

En esta parte se encuentran las islas de San Juan y Surigao.

Cuenta Mindanao las bahías de Boyan, Bougó, Camaladon, Sindaugan, Bligan, Macahalar, Butuan, donde desagua el río Siroto, que comunica con el lago Sinao y la de Tagloc.

El territorio de Besquan, comprendido entre la bahía de Boyan y la punta Pagan y la isleta de Carayao, compone la región de los Illanos.

Hay en esta isla una gran laguna, llamada de Panguil.

En la parte Norte se encuentran las islas Visayas, que corriendo de Noroeste á Sudeste, parecen un desprendimiento de la gran isla de Luzón.

Desde el estrecho de Mindoro arrancan, formando un ángulo, dos series de islas, componiendo la que á Oeste se dirige á las islas de Calamianes hasta llegar á la dilatada de Paragua, y la dirigida á Este las de Semerara, Panay, Negros, Cebú, Bohol y de Fuego, hasta dar en las proximidades de Mindanao.

Tomando como punto de partida las islas del Fuego y Siquijor, en dirección Este á Oeste, se encuentran las de Seyte, que con la isla de Mindanao forman el estrecho de Surigao; la de Panay, que forma un verdadero triángulo, cuyos tres vértices los componen las puntas de Naro, Bucalabi y Potol, y siguiendo en la dirección indicada, las de Panay y otras de menor importancia, como Guimaras, Apiton, Pan de Azúcar, Buen Señal, Jomanjol, hallando al fin la de Samar, que forma el estrecho de Juanico con la de Leyte, á cuya parte Oeste se hallan el canal de Buad, la isla de este nombre y las de Parasan, Panamao Masbete, Ficao, Sibuyan, Romblon, Tablas y Mindoro.

Forman una línea oriental las islas de Leyte, Samar, Masbete, Burias y Marin Duque, y ocupan su inmediación otras más inferiores, como las de Camotes, Gigantes, Jintoto, Cresta del Gallo, Sibuyan, Cobrador, Tables, Simara, Bantoncillo, Banton y Maestro Campo.

En la parte Oeste de los puntos nombrados se halla la isla de Borneo, bañada por el mar que lleva su nombre, en el cual se encuentran gran número de islas de escasa importancia, llamadas los Amorosos, en cuyo centro están enclavadas las pequeñas Cagayanes.

Esta cadena, eslabonada según hemos señalado, llega á Mindoro, que la enlaza por el estrecho de este nombre con la hermosa isla de Luzón.

Limitan el estrecho de Mindanao por la boca O. las pequeñas islas de Subau y por el Este las de Silonay y otras.

Ya, aun cuando no tan concienzudamente como deseáramos en atención á lo limitado del espacio de que disponemos, tenemos descrito el Archipiélago filipino.

El número de islas de que se compone el Archipiélago, es el importantísimo de 1.200, siendo muchas de ellas notables.

Entre los grandes cataclismos que afligen al Archipiélago filipino, están los terremotos; pero estas conmociones son, sin embargo, de ser indudablemente de mayor violencia, de menos tristes efectos que los de igual índole sentidos en otros puntos, y sobre todo, los últimos, que han sembrado el luto y la ruina en nuestras ricas provincias andaluzas.

Naturalmente, esto se debe á la construcción hecha *ad hoc*, pues los edificios de materiales fuertes por su corta elevación y solidez no tienen las desventajas de las construcciones elevadas y los edificios de materiales ligeros, gracias á su flexibilidad, resisten fácilmente los movimientos subterráneos.

A veces, cuando en los periódicos de la Península se dan noticias de aquellos países y se señalan los efectos de los incendios, horroriza el ver que hayan sido pasto de las llamas miles de casas, y parece incomprensible, pero conociendo el país y su método de construcción no extraña, toda vez que si se considera un barrio en que muy apiñadas esos miles de casas construidas con caña y nipa sometidas meses y meses á los ardientes rayos de un sol de fuego, se deduce fácilmente que comenzando un incendio en cualquiera de los edificios, además de las grandes desventajas de lo agrupado que se encuentra el caserío, para proceder á su aislamiento, las chispas escapadas del foco, son otras tantas teas que llevan el devastador elemento á la casa en que caen.

Pero como quiera que estos edificios son de escasisimo coste, resulta que el siniestro no es, por ningún concepto, de la terrible importancia que sugiere la lectura de la noticia.

Hay una particularidad, y es que es una

época fija del año en que se suceden estos siniestros á manera de la reproducción periódica de los siniestros naturales.

(Se continuará.)

R. ORTIZ Y BENEYTO.

TOMÁS LUIS DE VICTORIA

Muchos son los maestros que durante el siglo XVI brillaron dentro de la esfera del arte músico en España, que con sobrado motivo y legítimo orgullo puede presentar esa época como la edad de oro de la música española y atribuirse la gloria de haber reinado en ella con soberanía propia, con esplendor reconocido, con esenciales atributos que nadie entonces la negara, aunque se haya después pretendido disfrazar ó oscurecer, y que si no la elevaban sobre todas las naciones de Europa, cosa que aún no está, en nuestro humilde juicio, suficientemente dilucidada, pontala al menos al nivel de las más adelantadas en la parte expeculativa y en la parte práctica del arte de los sonidos.

El sentimiento religioso existe en todas las épocas; pero en el siglo XVI lo fué en tal grado, que algunos escritores dicen que más que sentimiento religioso era la hipocresía el carácter general de aquella época; la devoción era entonces, en nuestra opinión, una necesidad del alma; se adoraba porque se creía; la música era, por lo tanto, una representación de las ideas religiosas, que estaban fundadas sobre los sólidos cimientos de una fe ciega. Si se nos arguye en contra que al par de esto no brillaba la más pura moral en aquel siglo, que había, por lo tanto, disonancia entre las costumbres religiosas y sociales, se nos obligará á responder que la devoción y los vicios no siempre han estado reñidos, y que nunca faltan sutiles teólogos que procuren explicar esta anomalía.

En la época de que nos ocupamos todas las artes se inspiraban en las ideas religiosas, y los músicos, siguiendo el derrotero que de antemano les trazaron sus coetáneos, al escribir sus inspiradas composiciones buscaban sus acentos en el sentimiento religioso que emana del hombre para honrar la divinidad, como el perfume nace de la flor para elevarse hacia el sol, y casi todos los grandes artistas de aquella época rindieron con sus obras homenaje al creador de todas las cosas, con aquellas composiciones, que por estar impregnadas de ese sentimiento místico, pueden elevar el alma sobre nuestra vida terrestre y limitada.

Antes de proseguir estas incorrectas líneas, que á manera de proemio encabezan la biografía del maestro Tomás Luis de Victoria, permítasenos definir lo que, en nuestra opinión, debe entenderse en música por género religioso.

Este sentimiento es de dos especies: el mayor, el más puro, el más elevado es el del hombre entregado por completo á Dios y rodeado de la soledad que le aparta de este mundo; pero el más real, el más verdadero, el más humano, ¿no es, por el contrario, el del hombre que vive en el mundo, que conserva la fe en medio de sus alegrías y de sus dolores, de sus peligros y de sus pasiones? De aquí nacen dos variedades de sentimiento religioso, que para llegar al mismo fin, van por diferentes caminos; de aquí nacen dos modos de expresar la pasión hacia la divinidad; una, la del claustro, austera, contenida, grandiosa, pero fría; otra, la del mundo, convencida, pero ardiente é iluminada siempre por un reflejo terrenal alegre ó doloroso.

El primer estilo es el de los que viviendo en el retiro de una celda escribieron el canto llano adornándolo con sublimes y severas armonías. El contrapunto es la esencia, y el carácter austero la forma de sus obras, que no vacilaríamos en calificar de buen grado de música claustral, por la impresión que produce en nuestro espíritu al penetrar en nuestros oídos al través de las verjas de nuestras góticas catedrales envueltas en oleadas de incienso.

Este estilo, tomando más extensión con los progresos de la música, se llenó de fórmulas convencionales, entre ellas la fuga. Una vez así comprendido, llegó á ser patrimonio de nuestros grandes maestros, y todos ellos escribieron esas espléndidas páginas impregnadas del más puro sentimiento religioso de que nos han dejado tan bellos ejemplos Salinas, Morales, VICTORIA, de quien nos vamos á ocu-

par, y más tarde Ledesma, Eslava, Masarnau y otros mil que no citamos por no hacer enojosa esta relación. En las manos de estos insignes compositores el sentimiento dramático se deslizaba dulcemente, y así debía ser; ¿no es acaso el incruento sacrificio de la misa el gran drama divino? Hé aquí la música religiosa dramática; de ella á la música religiosa mundana no hay más que un paso, y en la pluma de muchos compositores tales como Pergolese, Lesneur, Mozart, Cherubini, Rossini, Thomas, Gounod y Verdi, no es más que cuestión de temperamento. El sentimiento religioso existirá siempre; pero con unos será austeros y con otros se enardecerá al contacto de las cosas terrestres y de las pasiones humanas.

Bien fijada esta diferencia, nos encontramos en terreno fácil y llano para ocuparnos de la vida y de las obras del maestro Tomás Luis de Victoria.

Este insigne compositor, cuyas obras musicales son las más conocidas entre las que produjeron los maestros españoles de aquella época, es el propagador del verdadero género característico español; el continuador de la acertada dirección con que su maestro Cristóbal Morales supo encauzar la música religiosa hacia sus altos fines, imprimiéndola un estilo severo y cristiano, al par que filosófico y sencillo.

Muchas son las biografías que se han escrito del maestro Victoria; pero la más verídica nos parece ser la que nos proporciona Fetis, en su *Biografía Universal de Músicos*.

Según este insigne crítico, Tomás Luis de Victoria, llamado en Italia Vittoria, nació en Avila, hacia 1540, y pasando de joven á Italia, fué en Roma discípulo de sus compatriotas Escobedo y Morales, que eran ambos cantores de la capilla pontificia.

En 1578 fué nombrado maestro de capilla del colegio germánico de la misma capital, y dos años después obtuvo el título de maestro de la iglesia de Napolinar en la Ciudad Eterna. A su regreso á España formó parte de la real capilla de S. M. como capellán del rey, según Fetis, ó en calidad de maestro de la capilla, como pretenden otros. El eminente maestro Eslava asegura, aunque sin probarlo, que el cargo que desempeñó Victoria en la iglesia de palacio fué el de vicemaestro.

Entre las muchísimas obras que Victoria dejó escritas y que hoy se conocen, se halla una en que están puestos en música los himnos de todas las festividades eclesiásticas del año; trabajo primero y tal vez el único en su género.

Los maestros italianos y flamencos criticaron su estilo; pero no es menos cierto que este estilo tiene más originalidad que el de otros compositores de la misma época.

Las obras conocidas de este compositor, son las siguientes:

PRIMERA. *Liber primus, qui Missas, psalmos, Magnificat ad virginem Dei Matrem Salutationes, aliaque complectitur*, 4, 5, 6, 8 voc. *Venetis apud Angelum Gardanum*, 1576. Esta obra está dedicada al duque Ernesto de Baviera.

SEGUNDA. *Cantica B. Virginis, vulgo Manifestat*, 4 voc., una cum quatuor antiphonis B. Virginis per annum 5 et 8 voc. *Romæ ex typ. Dom. Bassæ apud Franc. Zannettum*, 1581, in fol.

TERCERA. *Hymni totius anni secundum S. R. E. consuetudinem* 4 voc., una cum quatuor psalmis pro præcipuis festivitatibus, 8 voc., *ibid.*, 1581, in fol.: esta obra está dedicada al Papa Gregorio XIII.

CUARTA. *Missarum liber primus*, 4, 5, 6 voc., *ad Philippum secundum Hispaniarum regem catholicum*, *ibid.*, 1583, in fol.

QUINTA. *Officium hebdomadæ sanctæ Romæ, apud Angelum Gardanum*, 1585.

SEXTA. *Motecta festorum totius anni communi sanctorum*, 5, 6, 8 voc. *ibid.*, 1585: de esta colección se ha publicado una segunda edición, con el título de *Cantiones Sacræ*, 4, 5, 6, 8 vocum, *Dillingem*, 1588 in 4.º Esta misma fué reimpressa con la adición de algunos motetes á 12 voces, del mismo autor, bajo el título de *motecta*, 5, 6, 8, 12 voc., *que nunc melius excussa, aliis quam plurimis adjunctis, noviter sunt impressa Mediolani, apud Franc., et hered., Simonis Tini.*, 1589. Otra edición se publicó también en Dillingen el año 1590, con el título de *Cantiones Sacræ*, 5, 6, 8, 12 voc., in 4.º Otra tercera se ha publicado en Francfor-Sur-le-Mein, en 1602, in 4.º

SÉTIMA. *Missarum liber secundus* 4, 5, 6, 8 voc., una cum antiphonis *Asperges, et vidi aquam totius*

anni Romæ ex typ. Ascanii Donnangeli, apud Franc. Coattimura, 1592.

OCTAVA. *Officium defunctorum sex vocum. Martiri, in fol.*

Por los anteriores datos colegimos fácilmente que ninguno de los biógrafos del ilustre Victoria, ha dado tantas y tan exactas noticias como Fétis.

El eminente maestro Eslava manifiesta, que las que da Federico Roschitz, prueban que además de carecer de los documentos que atañen á su nacimiento, que lo coloca en 1560, no conocía sus mejores obras; porque á conocerlas, hubiera puesto en su colección el motete *Vere languores* que, á nuestro juicio, puede competir con los mejores de Palestrina, como productor de genio y de talento.

En la publicación *La Lira Sacro-Hispana*, que realizó Eslava en bien del arte músico español con objeto de desenterrar del polvo en que yacían en nuestras catedrales los ricos tesoros de música religiosa, vieron la luz las siguientes obras del eminente maestro Victoria: Misa, *Ave maris Stella*, á cuatro voces solas. Cinco motetes: Núm. 1. *Vere languores*.—Núm. 2. *¡O Domine!*—Núm. 3. *Jesu Dulcis memoria*.—Núm. 4. *¡O quam gloriosum!*—Núm. 5. *Laudate Dominum*.—Misa de *Requiem* á cuatro voces sobre canto llano.

Algunas de dichas obras gozan de grandísima fama en el mundo musical, pudiéndose citar, en abono del justo renombre que han adquirido, el magnífico motete *Jesu Dulcis memoria*; los tres que se han ejecutado muchísimos años como de Palestrina, y que Baini cita, *O sacrum convivium, Domine non sunc dignus* y *Miserere mei*; el oficio de Semana Santa, que es, en opinión de personas de reconocido criterio, una composición notabilísima; y por último, el precioso motete *Vere languores nostros*, que es una prueba de que nuestro insigne Victoria no fué jamás imitador de Palestrina.

En el mencionado motete revela que el maestro español poseía un estilo propio, impregnado del sentimiento que inspiraba las obras de todos nuestros maestros, aunque con análogos procedimientos á los usados en su época, para el género verdaderamente religioso; procedimientos de que se valían lo mismo los maestros italianos que los españoles etc., etc.

El célebre P. Martini, en su *Saggio fondamentale pratico du contrappunto*, presenta trozos de las obras de Victoria como uno de los más notables modelos de corrección y de belleza.

Queda, pues, suficientemente probado, en nuestra humilde opinión, que el maestro Tomás Luis de Victoria supo hacer algo más que imitaciones de Morales, de Palestrina ó de otros compositores de aquella época.

«Han sido inútiles, dice el eminente Eslava, cuantas diligencias hemos practicado para saber la fecha del fallecimiento de este ilustre maestro; pero siendo su última obra la que publicó en Madrid el año 1605, es probable que falleciese poco tiempo después, á la edad de cerca de setenta años.»

Esta es la única noticia en nuestro concepto probable de la época en que debió ocurrir la muerte del insigne Victoria.

Terminaremos con unas cuantas palabras sobre su manera y estilo, según resultan, no de las opiniones encontradas de sus biógrafos y de especies repetidas por costumbre y rutina, sino del examen de sus más relevantes obras. Aunque se ejerció con preferencia en la música religiosa y sombría, demostró habilidad asombrosa para marcar en sus composiciones las notas del dolor y del amor místico, supo también á veces rivalizar con su contemporáneo Morales y el inspirado Palestrina, impregnando varias de sus más notables composiciones de ese sentimiento delicado que produce en el alma serenas y placenteras emociones.

Victoria fué el más genuino representante de la música religiosa en nuestra patria. La dualidad de tendencias que en los músicos españoles é italianos se observa, engendró en la mente vigorosa de Victoria las cualidades que tanto le distinguen: un sentimiento profundamente religioso y espiritualista y un amor profundo é inextinguible al divino arte de la música.

Tal es la vida y tales los trabajos del maestro Tomás Luis de Victoria.

CARLOS GUAZA Y GÓMEZ TALAVERA.

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

CAPÍTULO DÉCIMOSEGUNDO

Don Tristán Medina, el alma de la reforma en España.—Don Manuel Matamoros.—Algunas aclaraciones sobre lo principal de este capítulo.

I

Hemos citado varias veces en el capítulo anterior á D. Tristán Medina y á D. Manuel Matamoros, á quienes consideramos como iniciadores de la reforma religiosa en España.

Preciso será que en capítulo aparte demos aquí algunas noticias de estos dos modelos de sacerdotes cristianos, comenzando por el primero.

Entre los que iniciaron el movimiento á favor de la libertad de conciencia en España, fué de los primeros D. Tristán Medina, que ya desde 1861—más bien por la forma de sus conferencias orales en los principales templos de Madrid y otras capitales de España, por su oratoria, un tanto calenturienta, como parecía natural en un hijo de la Isla de Cuba—fué oído con prevención desde un principio, y últimamente inquietado por las autoridades eclesiásticas y sus lacayos. Acaso lo que más influyó en las persecuciones contra él fuese el extraordinario séquito que el Sr. Medina había atraído á las iglesias en que él predicara, compuesto señaladamente de personas distinguidas en todos los ramos del saber humano y de lo más granado de la juventud de las Universidades. Lo cierto fué que el Sr. Medina, en medio de la originalidad de su oratoria, verdaderamente elocuentísima, de la novedad de su estilo y del punto de vista desconocido en que examinaba los asuntos que se le proponían por tema de su predicación, no lanzó, mejor dicho, no aventuró ninguna proposición contraria al dogma ni á la disciplina católica. El se complace en repetirlo á sus amigos, las pocas veces que se consigue hacerle hablar sobre este periodo de su vida, tan preñado de accidentes curiosos y siempre importantes.

Pero ¡ay! los celos del oficio, la envidia, lo llamado por los franceses *rancune de prêtre* (odio de cura), decidieron perder á Medina, y para ello sus enemigos apelaron á la calumnia, y á más de una calumnia. Estas se apoyaron muy principalmente en el sermón de honras que pronunciara en la primera solemnidad de esta clase que la Academia española dedicaba al gran ingenio español Miguel de Cervantes y Saavedra y á los ilustres escritores sus coetáneos españoles. Poco después, las acusaciones se redoblaron—y esta vez hemos de confesar que con algún viso de razón, dado el criterio que hasta entonces presidía en España á las cuestiones de la esclavitud—á causa de un sermón predicado en una fiesta de las más fastuosas que se celebraban en Madrid á la *Virgen de las Mercedes, redentora de cautivos*, en la iglesia de D. Juan de Alarcón. Allí habló el señor Medina contra la esclavitud de los negros de Cuba, su patria. Era aquella la primera y única vez que se protestaba contra este crimen desde el púlpito católico en España; era también la primer vez que se hablaba á España en nombre de la religión y de la moral contra esa deshonra de las naciones cristianas. Medina bautizó aquí la idea, y fué más tarde uno de los fundadores de la *Sociedad Abolicionista*, que aún vive para gloria de tan ilustre hombre.

Pero lo que llevó á su colmo el rencor de los clericales, fué un sermón predicado en Alcalá de Henares, patria de Cervantes, en que el Sr. Medina se negó á hablar del Purgatorio y de las penas eternas. Su principal enemigo en aquella cruzada fué un fraile carmelita—creemos que el superior de la orden—conocido por el P. Maldonado, capellán y confesor de D. Carlos de Borbón.

Hasta entonces, el Sr. Medina se había creído católico: pero la repugnante manera con que el fraile censuró en la prensa neo-católica su excelente sermón en Alcalá de Henares, en

que aquel vecindario no halló sino motivos de alabanzas y de edificación, le decidió á segregarse de una iglesia corrompida, en cuyo seno no había conocido más que odios y miserias que ponían en peligro las conciencias más rectas y mejor esclarecidas.

Desde aquel día continuó Medina su predicación en el seno de algunas familias, primero, y más tarde, en una capilla pública situada en la calle de la Libertad, llamándose únicamente *deista*, según Cristo, y *cristiano*, según el Evangelio.

Entre los cultos disidentes, el del Sr. Medina nos parece el más racional y el que más se apartan de los dogmas católicos y de las liturgias de Roma, por lo mismo que se acerca más á la primitiva doctrina de Jesucristo.

Esta doctrina que va públicamente ganando prosélitos en España tiene ya muchos adeptos en Inglaterra, Suiza y Francia; pero muchos más aún en diversos puntos de Alemania y Prusia. Algo se quiere acercar al unitarismo del gran Channing; pero no prescinde del delicado misticismo de Krummayer y otros evangelistas de Prusia y de Babiera, y conserva una especie de culto suplementario al arte en todas sus manifestaciones, al mismo tiempo que á la naturaleza reveladora.

Los puntos fundamentales de la doctrina del Sr. Medina no es difícil determinarlos después de oír á los principales propagandistas de ésta, que algunos llaman religión filosófica, ó ecegética, sin negar la divinidad de Cristo. Reconoce tres biblias ó tres fuentes de inspiración: 1.^a la biblia propiamente dicha; 2.^a la naturaleza sensible, y 3.^a el corazón del hombre. Rechaza toda profesión de fe dogmática que no admite, para constituir sociedades ó iglesias particulares sin más reglamentos que los necesarios en toda organización de este género, relativos á los deberes morales y de educación. El lado autoritario de los cataclismo es así rebatido más que con palabras y discursos, con la delicadeza en las formas, con la persuasión en el razonamiento y con el ejemplo de mil virtudes hasta hoy desconocidas en las controversias religiosas, científicas y políticas.

Prohíbe el bautismo de los niños, por consiguiente, como que es la primera imposición de las religiones autoritarias y totalmente inútil y hasta irrisoria en el ser inocente é inconsciente.

Con más ahinco niega todo valor noble y legítimo en el bautismo romano, en el cual «hay menos agua, que aceite, bálsamo, sal, cera, saliva y soplos ridículos del sacerdote, sobre el tierno infante» No se fija en este punto sino en el bautismo, «en el bautismo de fuego» que dice Jesucristo, en el testimonio de la conciencia del hombre, ya formada y esclarecida con la perfecta y pura noción cristiana. La doctrina de la Pentecoste perenne es el asunto más acariciado por sus suaves y generosas predicaciones.

Hé aquí, en pocas palabras, cómo definen la religión:—«Es, dice, más que otra cosa, un sentimiento».—Sigue, pues, la opinión de un gran pensador, Maine de Biran, que lo había asegurado antes con estas otras palabras:—«La religión es un sentimiento del alma antes que una esencia del espíritu».—Esto es tan cierto, añaden los filósofos platónicos del Cristo, que todo el mundo reconoce que una doctrina cualquiera, por superior que se la suponga, queda sin efecto en el corazón. Sólo la del Cristo, depurada, empieza por influir muy vivamente en el corazón más que en las facultades principales del espíritu.—«Encerrad á un dogo en un sótano—ha [dicho Lessing—y no será por eso menos feroz que antes.»

¡Ay!... el espíritu del hombre puede muy bien asimismo ser encerrado y aun sepultado en una fórmula, y lejos de trasfigurarla, esta no haría más que acrecentar su miseria.—Por el contrario, hay una infinidad de hombres que no han aceptado ciertas doctrinas que los clericales llaman esencialísimas, y son, sin embargo, modelos admirables de piedad y educación religiosa del alma.

Pocos caracteres hay más nobles que el del célebre Channing. Este heroico reformista era unitario, y cómo cierta dama que se escandalizaba de leer sus obras en el estudio del virtuoso Róbertson, modelo de pastores sabios de la iglesia anglicana, le preguntase á éste por qué ponía su espíritu en contacto con el de Channing, Róbertson respondió con la dulzura cristiana que le era tan habitual:—«Pluguiese á Dios que todos, todos los que creen en la divinidad de Jesucristo, sintieran por Jesucristo el mismo amor elevado, el mismo ardiente fervor que siente Channing, cuya alma merece una gloria especial en lo más pacífico y brillante del cielo.»

Asimismo los cristianos de la última iglesia, cuyas doctrinas primordiales indicamos, entienden que la religión no es poco con ser sólo el sentimiento religioso indefinido, sino determinado por el divino Jesucristo, recibiendo de él su sello glorioso y como él apoyándose y confirmándose en Dios.

La iglesia católica y las que conservan aún algo de su exclusivismo, dicen que esto no basta; quieren determinar con toda precisión *quién es y qué es Jesucristo*. Pero esto es negarse á ver que en el evangelio mismo hay muchas y muy diversas concepciones de la divinidad de Jesucristo, desde *el hombre acepto á Dios*, hasta el *Logos* de que habla el evangelio de San Juan.

Hablando de los milagros del Evangelio y demás divinos libros del Nuevo Testamento, nuestros cristianos los encuentran inferiores á los que obra en el espíritu de inspiración y la gracia divina. El cristiano filósofo va, pues, al través de las fórmulas, á buscar el espíritu de la doctrina de Jesús, á buscar á Dios revelado como padre celeste y á descubrir las relaciones de filial confianza que con él los unen á todos los hombres entre sí con vínculo de fraternidad divinizada. En fin, la iglesia cristiana, pura, espiritualísima, no está fundada, según Medina, sobre el dogma. Se compone de todos los que respondan ¡presente! al llamamiento de Cristo formulado en esta sublime esencia: *Sed perfectos, como es perfecto vuestro padre que está en los cielos*.

Esta escuela hace un gran bien á Francia, á Italia y á España.—Las tres naciones, bien examinada la cuestión, están desprendidas real y verdaderamente de las convicciones católicas, por lo que conservan cada una por una por causa especial propia, que son los métodos y las fórmulas vacías del catolicismo.—La misión de la iglesia última se dedica á presentar á unos y á otros pueblos una creencia más universal en que la conciencia independiente y pura, y el libre examen no sean propios ni anatematizados.

Bello, bellissimo espectáculo es el que ofrecen al mundo un inmenso grupo de hombres de diversos países, que al día siguiente del Concilio (depresivo á la razón y al corazón humano), del Vaticano, se presentan formando iglesia con esta divina antitética á las teocracias:—*Credo unam esse ecclesiam eorum qui habent spiritum per quem cre dunt se esse filios Dei*.

No hemos de decir aquí que estos hombres merecen los aplausos más sinceros.

Esta es la religión de Tristán Medina; y sus sermones, sus discursos, sus escritos están encerrados en las fórmulas anteriores. No tuvo, es verdad, los prosélitos que debía haber logrado, pero inició una reforma que vive aún, y vivirá por siempre, en las almas nobles y elevadas que acudían á oírle. ¡Que más consuelo hoy para el Sr. Medina!

II

Otra cosa fué el P. Matamoros.

Don Manuel Matamoros era un ejemplo de lo que puede una voluntad decidida, del carácter español aun en épocas de bajeza y mortal tiranía, al mismo tiempo que un recuerdo tristísimo de la decadencia del valor moral en nuestro país, de su indiferencia no sólo ante los problemas más importantes de la vida, sino que también ante una gran desgracia personal debido no al crimen ni al vicio, sino á

una exaltación de nobleza y de virtud por todos conceptos honrada.

Hemos visto en España simpatías por toreros heridos, por cantantes enfermos, por políticos indispuestos, por criminales, verdaderos criminales condenados por la moral, y no hemos visto ningún rasgo de compasión á favor del joven malagueño que con tanto valor se separó de la Iglesia católica, sufrió el horror del más inhumano calabozo y aquí indefenso, olvidado por los buenos, y solo recordado por los malvados (los sacerdotes que le perseguían), bebió un día y otro día serenamente, y con mansedumbre cristiana, el amargo cáliz de las decepciones, de las calamidades y de los vituperios de una iglesia demoníaca. Y se comprende, se cree firmemente en la sinceridad de aquella alma al levantar una nueva bandera de protesta contra los impostores católicos, cómplices, no testimonios, del Calvario; al saber que había vivido hasta el día de su conversión á una fe más alta y más digna de Cristo, de sólo orgullo, de los de orgullosos más tiránicos y humillantes que conocemos en España, desde principios del siglo: el orgullo del literato y del orgullo del literato.

Matamoros fué capitán de ejército, y escribió comedias y artículos de periódicos y folletos de más ó menos mérito.

Su prisión, su fe en la prisión, abrió los ojos de muchos, y podemos decir, podemos considerar su persecución como una de las más fecundas en España para la causa de la libertad de conciencia.

La Reina Isabel, siguiendo en esto un rasgo festivo del P. Claret, había bautizado una de las parejas de sus carrozas, llamando á un caballo *Matamoros* y á otro *Protestante*. Respecto al rencor de los palaciegos y de los clericales, derivado del que tan gráficamente manifestó al joven de Málaga la Reina Isabel, no dejan de encontrarse tristes y curiosas noticias en un libro titulado *Vida de Matamoros*, debido á la pluma leal, compasiva y sencillamente cristiana de un noble extranjero, Monsieur Guillermo Greene.

Escrupuloso en su respeto á la verdad, este apologista del cristiano español no ha hecho más que recopilar en su libro las noticias y cartas más interesantes, que dan una idea del carácter, la bondad y las desgracias del evangelista malagueño, sin preocuparse demasiado del pulimento de la forma. Pero sin eso el libro es notable, además, porque está escrito en buen castellano por un excelente ingeniero inglés que dirigió los primeros ferrocarriles de Francia y España.

La causa de Matamoros, su proceso, su encarcelación, su condena á presidio, conmutable por la de destierro, gracias á la intervención de poderosos y célebres personajes europeos, entre ellos algunos príncipes alemanes, ofrecieron al mundo el vergonzoso espectáculo de un procedimiento enteramente inquisitorial, que entrañaba todo el fuego iracundo de Torquemada, velado ó guardado por el secreto, las sombras, el humo denso del Consejo veneciano de los Diez.

La persecución de Matamoros podía llevar por fecha los tres peores años de nuestra historia religiosa en el siglo XVI, sin que nadie examinando detenidamente aquellos hechos, que aniquilaran, no la fe, sino la vida de un joven más que inocente, sospechara que se cometía un anacronismo arrojando muy á nuestras espaldas un acontecimiento de mediados del siglo XIX, en que hemos sido cómplices por nuestra pasibilidad é indiferencia.

El tormento y la hoguera invisible de Matamoros recibieron su premio. Una gran parte de los jóvenes protestantes de Málaga, Sevilla y Barcelona, á los cuales se aunaron otros de Madrid y Toledo, debieron sus primeros impulsos á favor de las doctrinas antipapistas, al ejemplo de constancia y resignación con que Matamoros consagró esas doctrinas entre sus contemporáneos.

La salud del valiente reformista se resintió extraordinariamente en la prisión, donde le faltó hasta el cariño de su prometida; pero lo que acabó de aniquilarle fué, ya en el destie-

rro, el inmenso cariño á España, á la cual no olvidaba nunca, á pesar de los recuerdos tristes que de ella tenía y de la acogida extraordinariamente cordial y nada estéril con que procuraron consolarle personas notabilísimas por sus virtudes, sus creencias, por su fe pura y sus riquezas bien dirigidas; en Inglaterra, primero, luego en Francia y por último en Suiza.

Aquí murió, habiendo cedido al enfermo su precioso palacio para que en él pasase más tranquilamente sus últimos días una dama principal de la piadosa y culta ciudad de Losana.

En uno de los cementerios de esta capital, del cantón poético de Vaud, como poético también es su cementerio, descansan los restos del *Español desterrado*, como se dice en su modesto sepulcro, que es visitado y cuidado por personas dignísimas y de gran justificación que sin embargo confiesan haber aprendido mucho bueno de un español desterrado de su patria por no ser católico romano.

Las opiniones religiosas de Matamoros sobre formaciones de iglesias, manera de culto, liturgia y sistema de predicación, tenemos entendido que venía á ser como una mezcla de la iglesia anglicana y de la iglesia Valdeuse ó de otra iglesia análoga de Holanda.

Las iglesias que él fundara en las ricas provincias andaluzas, tendían más bien á conservar las costumbres y formas de los cristianos primitivos, tales como se dejan conocer en algunos capítulos de los *Actos de los apóstoles* y en otros de las *Epístolas*.

III

Creemos haber presentado aquí los retratos de los dos jefes de la reforma religiosa en España.

El primero Tristán Medina, siempre elevado, le vemos grande en todo, en sus conceptos en sus propósitos y en sus ideas.

Antes de la reacción de 1874, cuando presentaba la muerte de la libertad en España, abandonó este suelo para él siempre tan querido y marchó á Alemania, cuna de la filosofía moderna, estableciéndose más tarde en uno de los cantones suizos, donde vivió largos años suspirando por la libertad de Cuba, su patria, y por el triunfo de la verdad en la tierra.

El segundo, Matamoros, cerró los ojos cerca de la casa en que vivía Medina, y su nombre sólo vive en el alma de los que aquí siguen afiliados á su iglesia.

Confesamos que uno y otro han hecho un gran bien á la patria trabajando por romper la unidad religiosa, y echando los primeros cimientos para edificar aquí los cultos cristianos frente al que explotan los jesuitas y farsarios de Roma.

Aunque no se les debieran más que esta buena obra á Medina y á Matamoros, su memoria es digna de gran respeto, al menos entre los que vivimos amando la libertad y el bien humano. Porque es innegable que el movimiento reformista que se operó en España desde 1869, fundándose periódicos protestantes, racionalistas y cristianos; abriéndose templos anglicanos en todas las capitales y aun en pueblos insignificantes, y estableciéndose escuelas y centros de enseñanza anti-católica, se debe sólo á estos dos grandes espíritus, á estas dos nobles almas, que han sabido sacrificar su vida, su fortuna y cuanto poseían para ellos más querido á la verdad, á la razón, á la libertad.

¡Hoy recogen ya el fruto de sus constantes trabajos!

Nada más justo.

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ.

DIVORCIO IMPOSIBLE

DOLORA

La sonora campana del convento, como una voz dulcisima y querida, despertó mi dormido pensamiento, hablándole del cielo y de otra vida.

Lengua del templo aquel, con timbre claro que penetraba en mi conciencia muda, parecía gritar: «Buscad mi amparo los que huís del pecado y de la duda.»
Miré entonces el vasto santuario, puerto bendito de aparente calma, pero en cuyo recinto solitario puede haber tempestades para el alma.
Y entonces exclamé: ¡Mansión y centro de la fe y la virtud! También yo hiciera de ti mi hogar, si al penetrar adentro dejar pudiese el corazón afuera.

CÁNDIDO RODRÍGUEZ PINILLA.

Julio 28 de 1883.

NOTICIAS CIENTÍFICAS

PROGRESOS EN LA FÍSICA

Al paso que se perfeccionan los instrumentos que en Física se emplean para las medidas, se rectifican y cambian los conceptos que en apreciaciones menos exactas se fundaron; ocurriendo esto con más frecuencia, como es natural, en aquellos órdenes de fenómenos ó tratados de Física en que más campean las hipótesis y menos averiguadas están las causas exteriores ó relaciones entre los hechos que consideramos como primordiales y sus forzosas é inmediatas consecuencias. Los grupos de hechos que hasta ahora ofrecen un campo más extenso para las rectificaciones y nuevas teorías son los clasificados con los nombres de fenómenos, de calor, luz, electricidad, y los más complejos designados con el de meteorológicos. No es, pues, extraño, que las publicaciones dedicadas á dar cuenta y difundir la noticia de los descubrimientos y adelantos en las ciencias fisico-químicas se compongan, en lo que á la Física respecta, en su mayor parte, de trabajos sobre esas secciones; por otro lado, el aprovechamiento que los hombres han podido hacer de las cualidades de las fuerzas que en los grupos de hechos señalados intervienen, tiene tal importancia y ha sido tan asombroso, que ellos han bastado á variar el modo de ser de la sociedad moderna, pudiendo esperarse que, si muchos de los problemas planteados llegaran á resolverse tal y como los que los estudian esperan, presenciáramos cambios tales en la marcha de la humanidad, que dejarían muy empuñados los hasta ahora realizados, lo cual es aliciente y estímulo poderoso que inclina á la generalidad de los investigadores á estudiar particularmente esos órdenes de hechos.

Proponiéndonos dar cuenta de lo que nos parece más interesante entre lo contenido en las publicaciones mencionadas, comenzamos hoy por los trabajos de Langley sobre el espectro solar, que vienen á rectificar las ideas que emitió sir William Herschel sobre la constitución de la luz del sol y de su espectro. Para ello tuvo Langley que construir un instrumento que llamó bolometro (del griego, «medidor de rayos»), y cuya idea se basa en el mismo principio que preside en el pirómetro de resistencias de Siemens, á saber: «que la variación de resistencia que cuando varía su temperatura opone un metal al paso de la corriente galvánica, sirva para medir las alteraciones de aquella.»

Langley al principio se fijó en dos tiras metálicas delgadas, cuyos brazos venían á constituir una especie de puente de Weastone, estando expuesto uno de ellos á la radiación calorífica y el otro resguardado de ella. Si antes de la radiación estaban las resistencias en los conductores de tal modo distribuidas, que el galvanómetro del puente no daba caída alguna cuando pasaba la corriente, después de la radiación esta caída debía verificarse. Por experiencias cuidadosas y comparativas hechas con tres pilas termo-eléctricas (de 63 pares grandes, de 16 pequeños y de 7 muy pequeños) y tiras de hierro de 7^{mm} de largo, y de ancho 0.177^{mm}, y 0.004^{mm} de grueso, se obtuvo que sus sensibilidades están en la relación de 1: 4, 1: 16, 3: 226,3. Estos principios

han tenido muchas mejoras; el material empleado ha sido acero, y también el paladio y platino. Las laminillas ó tiras se han hecho de 0,01 á 0,002^{mm} de grueso, y en ellas se han abierto ó superpuesto enrejados pequeñísimos, cuyas barras tienen próximamente 1^{mm} de anchos y 1^{cm} de largo: dos de estos enrejados se disponen de modo que la corriente de una batería galvánica vaya la mitad por uno y la mitad por el otro; un galvanómetro, por el cual pasan ambas mitades de corriente en direcciones opuestas, no presenta caída alguna para iguales intensidades de las dos mitades. El ordenamiento de los enrejados se efectúa por dos discos de ebonita de 3^{cm} de diámetro, y de modo que el de delante tiene en su centro una ventana cuadrangular, y el de detrás tiene el enrejado M en que se establece el calor radiante, y consta de 15 barras delanteras y 7 colocadas un poco más atrás. El otro enrejado está dividido en dos partes, N y N', puestas á izquierda y derecha del M: cada una consta de 7 barras: 4 delante y 3 detrás; por la inserción de un trozo corto de alambre, se igualan las resistencias de N y N' con la de M: conseguido esto, se liga M con una de las ramas del puente de Weastone y NN' con la otra.

Para resguardar el bolometro de las corrientes de aire, calentamientos accidentales y otras alteraciones, se pone en un cilindro de ebonita, que en su parte anterior lleva un diafragma giratorio con aberturas adecuadas; además, en su interior van varios diafragmas con aberturas centrales. Detrás están los discos de ebonita entre los cuales están M, N y N': el fondo del tubo está cerrado con una tapa aisladora, por la cual atraviesan los alambres conductores: en esta parte se pone también el alambre inserto en el circuito, para igualar la resistencia de M con las de N y N'.

Langley obtuvo con este instrumento que un rayo de sol de 1^{cm} de sección era capaz de calentar en un minuto un gramo de agua en 1.º C. Por tanto, si todo el calor que recibe una capa de agua de $\frac{1}{500}$ mm de espesor y 1^{cm} de superficie quedase en ella, su temperatura se elevaría en 83 1/3º. Siendo el calor específico del platino solamente de 0,032, se tendría bajo las mismas condiciones para este rayo que una banda de platino de las dimensiones dichas se calentaría en un segundo desde 0º á 2603º; es decir, hasta una temperatura capaz de fundirla. Esto no ocurre naturalmente, porque la banda de platino radia calor. Para un examen del espectro, en vez de prismas de cuarzo ú otras sustancias de refringentes, usó del rayo de difracción de Rutherford grabado en un espejo metálico.

El bolometro vino, pues, á sustituir al termo multiplicador en las medidas del calor radiante, siendo *mil veces* más sensible que éste, pues puede apreciar variaciones de temperatura hasta de $\frac{1}{100,000}$ de grado centígrado.

Las experiencias que Langley realizó con este instrumento sobre el espectro solar y distribución del calor en el mismo, fueron repetidas en Alleghany (ciudad de Pensilvania frente á Pittsburg). En Julio de 1881 partió una expedición, preparada en el observatorio de Alleghany bajo la dirección del general Hagen, para el monte Witney, en la Carolina del Sur, en el cual estos y otros observadores, situados en dos estaciones diferentes de muy distinta altura, repitieron las experiencias. La expedición observó en el monte durante la primera mitad de 1882, en cincuenta y un días despejados que hubo. El resumen de los trabajos ejecutados es el siguiente, cuyo pormenor se contiene en los *Ann. der Physic. u. Chem.*, (N. F. Bd. 19, S. 384).

Sir William Herschel, de sus notables trabajos verificados en 1800 sobre el calor oscuro, deducía que la luz y el calor eran de esencia diferente: más adelante, y siguiéndose en tal hipótesis, se estableció que cada rayo contenía cualidades de tres especies, á saber: luz, calor y energía química, modernamente opinaban muchos físicos que estas tres acciones no eran distintas, y como cualidades acumuladas en un mismo rayo, sino modos ó efectos

ostensibles de una misma energía, y por tanto, que la misma onda etérea nos da calor, luz ó efecto químico, según la naturaleza del cuerpo sobre que incide ó tropieza.

Muchas dudas había también sobre la distribución del calor en el espectro solar; Herschel encontró que se extendía más allá de la parte visible, consistiendo próximamente la mitad en el calor obscuro, y la otra en el luminoso. Seebeck y Melloni mostraron después que la distribución del calor en el espectro dependía esencialmente de sustancia del prisma para producir la dispersión, y que en parte estriba de la aberración verificada por éste: en 1849 dió Sir John Herschel una representación gráfica del espectro invisible, en la cual la absorción en el ultra-rojo no era uniforme, y J. W. Draper observó en 1842 tres bandas anchas en esta región, las cuales fueron vueltas á observar por Facault y Fizeau en 1846. Más adelante (1857), hizo notar Draper que, á causa de nuevas investigaciones, inducía que la parte de mayor calor no se encontraba necesariamente en todos los casos en el ultra-rojo, ocurriendo así aun en el espectro prismático, pues él muchas veces la encontró en un espectro normal, en el anaranjado.

Mas no pudo dar la demostración experimental, porque aun con los más delicados termómetros le fué imposible medir la distribución del calor en el espectro, y aconsejó que, para obtener el espectro con independencia de la absorción de la sustancia del prisma, se debía producir por el rayado en las planchas reflectoras espesas, es decir, por un sistema de líneas finísimas grabadas en una lámina regularmente reflectora. Siguiendo esta idea, J. Müller, en 1858, ensayó el obtener un espectro normal del dislocado espectro primitivo, y se esforzó en que la longitud de onda de los rayos más exteriores del ultra-rojo fuese de 1800 millonésimas de milímetro, y según su diagrama, vienen á estar los $\frac{2}{3}$ del calor en la parte ultra-roja. Lamansky dió en 1871, en una representación del espectro calorífico, tres fendas ó huecos en la curva del ultra-rojo, como la había mostrado la pila termo-eléctrica, y Mouton en 1879 presentó cuatro bandas en el ultra-rojo de 850, 990, 1.230 y 1.480 millonésimas de milímetro.

Para poder medir ahora las cortísimas cantidades de calor que existen en cada uno de los lugares del espectro dado por los rayados de difracción, construyó Langley su bolometro. Con él logró en 7 de Octubre de 1880 la primera indudable demostración de una medida del calor en una parte casi de una línea de un espectro de enrejado. Casi todo el año de 1880 lo invirtió en mejorar el aparato y en experiencias, para las cuales empleó Langley dos enrejados de Rutherford sobre espejos metálicos, de los cuales el uno tenía 681 rayas en un milímetro de ancho y el otro solamente la mitad.

Sus trabajos dieron por resultado la casi completa demostración experimental que cada rayo, esté ó caiga en la parte química, visible ó calorífica, puede hacerse sensible como calor, y que el máximo de calor en el espectro normal está en la proximidad del amarillo.

Recibiendo nosotros todos los rayos del sol á través de una atmósfera absorbente, es preciso conocer la magnitud de esta absorción para los distintos rayos, con el objeto de poder deducir de las observaciones en la superficie terrestre una conclusión sobre la energía en el exterior de nuestra atmósfera. Con este fin, se hicieron en Alleghany distintas medidas bolométricas á diferentes alturas del sol, de las cuales se dedujo, contra lo generalmente admitido, que la diafanidad de la atmósfera era mayor para los rayos ultra-rojos. Las observaciones sobre el monton Whitney han estado conformes y ampliado los resultados anteriores.

A los 13.000 piés (¿ingleses?) de altura fué observado el espectro prismático en su parte ultra-roja y perceptible en aquella elevación: para 1480 (1), en donde según Mouton se de-

(1) Todos estos números, entiéndase que se refieren á millonésimas de milímetro de longitud de onda.

bía encontrar una banda, no se percibió ninguna, pero sí para 1.370: en 2.140, donde Mouton situaba el límite del espectro, estaba en su cercanía el punto más caliente. En un dibujo hecho cuidadosamente en 1881 por Abney, se ponían en el ultra-rojo tres rayas, desde 815 á 835, de 890 y de 935 á 980, las cuales reiteró Draper en 1842 en sus observaciones sobre las rayas. Langley las ha observado en los mismos lugares.

Como resultado de todos estos trabajos, ha publicado Langley un dibujo del espectro normal observado acompañando al espectro prismático. De las medidas sobre las rayas homogéneas, próximas al espectro de difracción, se ha deducido lo que se sabía ya de que la energía máxima se encontraba por cima del rojo en la proximidad del amarillo. La posición de este máximo varía con la altura del sol, en cerca de 550 millonésimas de milímetro de longitud de onda en días claros y posición alta del sol, y hasta 650 en la puesta del sol. Por tanto, en el espectro normal no se desvía mucho el máximo de calor del máximo de la luz.

Si se comparan las ordenadas proporcionales á la energía en las diferentes partes de la imagen del espectro para las posiciones altas y bajas del sol, se tiene un crecimiento desigual para ella; lo cual se funda en una grande y sistemática absorción, que crece desde el ultra violado y decrece después del ultra-rojo. Las ordenadas dan, no sólo la importancia de estas variaciones, si que también su carácter. En conjunto crece la absorción, contra lo usualmente creído, tanto menos cuanto más allá del rojo se pasa, hasta un punto que está próximo á las 2000 millonésimas de milímetro de longitud de onda. De conformidad con estos resultados, no niega Langley la presencia de regiones con gran absorción local en el bajo espectro; sus medidas, por el contrario, muestran nuevas regiones de esta absorción local.

Aceptadas éstas, se tiene para la absorción en todo el espectro visible é invisible la siguiente sencilla ley: «que la absorción decrece con la longitud creciente de onda;» por tanto, el ultra-violeta es más absorbido que el azul, éste más que el amarillo, éste más que el rojo y éste más que el ultra rojo, y cada parte del ultra-rojo más que la subsiguiente.

Por medio de una sencilla fórmula logarítmica, y apoyándose en las observaciones hechas en la superficie terrestre, se podría calcular la energía de los rayos del sol antes de su paso á través de la atmósfera, que ofrece distinto poder absorbente para los diferentes rayos, como si el lugar de las observaciones se colocase fuera de la esfera de la atmósfera de nuestro planeta. Con esto se muestra que el máximo del calor fuera de nuestra atmósfera está en las cercanías de las 500 á 550 millonésimas de milímetro de longitud de onda, y por tanto, más bien corresponde al verde que al amarillo.

Las investigaciones de Langley hacen verosímil la idea de que el sol aparecería para un ojo situado encima de nuestra atmósfera de un marcado color azulado. Nuestra atmósfera, considerada como incolora, hace, por tanto, el papel de un cristal rojo ó amarillo, cuyos colores impuros no son uno monocromático amarillo ó rojo, sino que está mezclado á todos los del espectro en proporción desacostumbrada. Es, por tanto, erróneo considerar nuestra atmósfera como incolora; por el contrario, es considerablemente coloreada. Y como quiera que estamos acostumbrados á considerarla como incolora, es claro que si pudiéramos ver el sol sin atmósfera nos aparecería como coloreado.

Nuestra luz blanca no es, según esto, la suma de todos los rayos, sino sólo de una parte, y ésta la visible.

Las observaciones en el monte Whitney mostraron calor en el ultra-violeta más apartado, y una variación de temperatura no observada antes en las rayas de Fraunhofer. Es, por tanto, probable que la total energía de un rayo cualquiera pueda ser mantenida como ca-

lor si estuviese á nuestra disposición un medio apropiado para recibir esta energía.

Este principio estaría de acuerdo con la suposición de una sola energía solar, la cual, según el medio á través del cual se observase, así se manifestaría como calor, luz, ó acción química.

La relación entre el calor luminoso y el oscuro varía completamente con la facultad de elección para la absorción. Al nivel del mar puede indicarse próximamente, evaluando por una parte las dos superficies y las curvas de intensidad, y por otra el lugar donde termina el espectro luminoso. Supongamos que éste acaba en la línea D de Fraunhofer; en tal caso se deben designar como sin acción $\frac{3}{4}$ de la energía; pero si tuviésemos que realmente la parte más exterior del espectro visible estuviese más allá de la línea A de Fraunhofer, se tendría para la energía de la parte luminosa y de la ultra-violeta 0,368, y para la parte ultra-roja 0,632.

Este último número, que al principio consideró Langley demasiado pequeño y después demasiado grande, lo redujo, á consecuencia de los huecos, á 0,562. Próximamente se puede calcular que la energía de la parte ultra-roja al nivel del mar es los $\frac{3}{5}$ de la total energía. En la parte superior fuera de nuestra atmósfera, según se ha dicho, la relación de la energía del luminoso al oscuro es mucho mayor.

De la circunstancia de que el calor para las cortas longitudes de onda (que en general supone una alta temperatura del sol) antes de la absorción por la atmósfera era mayor, infiere Langley que nuestros cálculos sobre la temperatura del sol y del calor que nos envía le dan valores menores de los que generalmente deben dársele.

La correspondencia de valores pequeños para la energía, en las grandes longitudes de onda en el ultra-violeta, no consiste tanto en la absorción que para tal lugar se verifica, como en el hecho más influyente de que en realidad no existe energía alguna apreciable en ese lugar. Por el contrario, el valor de la energía es el más considerable en la parte luminosa; no porque la absorción sea menor, que, al contrario, es más fuerte, sino porque justamente en tal sitio es mayor la primitiva energía del sol. Es, por tanto, probable que el espectro solar antes de la absorción de la atmósfera, aunque sólo se extendiese poco más allá del rojo en el ultra-violeta, iría mucho más allá de lo que dibuja Langley, siendo otros físicos de opinión que la atmósfera en cierto modo actúa como una pantalla, impidiendo la entrada ó paso de los rayos; Langley saca de estas consideraciones consecuencias de gran valor práctico. La temperatura de nuestro planeta, y con ella la existencia, no sólo del hombre, sino de toda vida orgánica, parece depender (en consecuencia de las investigaciones ejecutadas en el monte Whitney) mucho menos del calor directo del sol que de la facultad absorbente en nuestra atmósfera, poco observada hasta ahora.

Langley ha dejado para un trabajo que anuncia la más amplia exposición de estas ideas, así como el estudio especial de la importancia de la absorción del vapor de agua.

RODRIGO SANJURJO.

LA PRIMAVERA

Ya la hermosa primavera
Da nueva vida á los campos,
Estendiendo cariñosa
De esperanzas verde manto,
Ya las flores la saludan
Con indecible agasajo
Y abren sus bellas corolas
Su hermosura por mostrarnos.
Sus delicados perfumes
Esparcen por el espacio
Para sernos agradables
A la vista y al olfato.
Las pintadas avecillas

Entonan sonoros cantos,
 Queriendo también amables
 Con su dulzura halagarnos.
 Todo renace á la vida
 Todo se viste de encantos,
 Las blancas tocas de invierno,
 Por ricas galas cambiando.
 De la juventud dichosa
 Ser parece el fiel retrato,
 De esta edad en que felices
 Todo hermoso lo encontramos,
 En que la dulce esperanza
 Para mejor animarnos,
 Un porvenir nos presenta
 Todo de flores sembrado.
 Mas ¡ay! que á veces las flores
 Cuya belleza admiramos
 Bajo sus hojas ocultan
 Las espinas de sus tallos,
 Y el rigor de sus punzadas
 Quizá al cogerlas sintamos.
 Bien pronto un ardiente estío
 Vendrá á herirlas con sus rayos,
 Vendrá á secar su frescura,
 Su corola marchitando,
 Mayor será nuestra pena
 Cuando con gran desagrado,
 Recordemos lo que fueron
 Con lo que son comparando.
 Así al correr tras la dicha
 Porque todos suspiramos,
 Tras el porvenir risueño
 Que mi mente se ha forjado
 Quizá halle yo en su camino,
 Que hoy me parece tan grato,
 Bajo flores de ilusiones
 Espinas de desengaños.
 Quizá estas flores un día
 Marchite el tiempo inhumano,
 Y sus espinas perdone
 Mi corazón destrozando.
 ¡Ay! cuánto entonces sería
 Mi pesar y mi cuidado,
 Al recordar las dulzuras,
 Al recordar los encantos,
 De la hermosa primavera
 Porque hoy felizmente paso.
 Mas sé que todos nacimos
 Para llorar destinados,
 Porque si en la vida humana
 La entera dicha encontráramos,
 Nuestro anhelo formarían
 Sólo los goces humanos,
 Y Dios quiere que aspiremos
 A otro porvenir más alto.
 Sé que sufriré algún tiempo
 Si aun á sufrir no he empezado,
 Que trocaré mis sonrisas
 Por suspiros bien amargos,
 Y que surcará mi rostro
 De mis ojos triste llanto.
 Sólo deseo que entonces
 Las dichas de mi pasado
 Ni recuerde mi memoria
 Para aumentar mi quebranto.
 Porque sé que lo más triste
 Es para un ser desgraciado,
 El recordar la ventura
 Que otro tiempo fué su encanto.

ELVIRA SOLÍS

CERVANTES

Hé aquí el genio insigne, un astro brillantísimo que, viviendo eclipsado y luchando sin intermisión con las sombras de la ignorancia no logró hacer comprender al mundo, en toda su intensidad, la luz de su pensamiento hasta que se hubo extinguido la luz de su inteligencia. Existencia que fué para él una triste y prolongada noche, mientras su muerte fué para la sociedad la alborada de un día espléndido y sin fin.

Prodigio de la naturaleza en la esfera del talento, príncipe de los ingenios, regocijo de las musas fué este insigne varón, cuyo nombre ha salvado las fronteras españolas para ser admirado, no ya sólo donde se habla la hermosa lengua de Castilla, sino en todas las co-

marcas, aun las más contrapuestas del mundo civilizado. Pocos hombres han conseguido una gloria tan universal. Apenas pueden competir con él, en punto á popularidad, los grandes conquistadores de las edades antiguas y modernas; los conquistadores que son, por desgracia, los que dejan más hondamente grabado su recuerdo en las humanas generaciones. El que ayer murió ignorado, hoy llena el mundo con su fama.

Fama que, lejos de amenguar, ha ido creciendo con el tiempo, y es hoy, así dentro como fuera de España, mayor que nunca, considerándose el *Quijote* en todas partes como una de las obras más grandes que ha producido el entendimiento humano. Entre todos los escritores españoles podrá haberlos que quieran igualarse á Cervantes en genio y merecimientos; pero ninguno se hallará que sea más leído, ninguno de cuyas obras se hayan hecho más ediciones, ninguno más popular y cuya reputación esté más al abrigo de las revoluciones del gusto y de los tiempos. Cervantes, con su inmortal libro, se ha puesto al lado de Homero, para ser eterno con él, y embelesar todavía más á las generaciones.

Así como las altas pirámides levantadas en el desierto invaden altivas el espacio para que á larga distancia se las contemple; así como las más gigantescas cumbres se alzan hacia el cielo coronándose con sus nubes y con sus resplandores, los hombres de genio cuya poderosa imaginación ha encontrado, para ilustración y gloria de la humanidad, los más recónditos secretos del arte, elévanse orgullosos sobre sus contemporáneos, mostrando á través de los siglos y de las generaciones sus frentes ceñidas de laurel, como las altas cimas de las montañas se ciñen para más brillar, de luz y de colores.

Triste condición es la del hombre, condenado después de una cansada peregrinación sobre la tierra, llena de afanes, de dudas y de sacrificios, á las espantosas tinieblas de la destrucción y del olvido: sólo el genio puede agitarse y sobrevivir al desbordado torrente de los tiempos, cerniéndose sobre los hombres y sobre los siglos, como el águila se cierne majestuosa sobre los campos y sobre las tempestades. Por eso, después de doscientos sesenta y cuatro años que hace bajó al sepulcro nuestro amado compatriota el *manco sano*, el *escritor alegre*, el *regocijo de las musas*, el *famoso todo*, Miguel de Cervantes Saavedra no ha muerto... no ha muerto porque viven Don Quijote y Sancho Panza, sus encarnaciones, puede decirse, su espíritu gigante, su corazón apasionado, latiendo como el del personaje de Edgard Poe en el fondo de la tumba; su alma vigorosa, su genio eminentemente artístico.

Si como dijo Shakespeare, *morir es dormir... y tal vez soñar*, Cervantes, soñará tal vez, pero aun no ha muerto; sus obras siempre admiradas, lo acreditan, y sus triunfos hoy envidiables acuden á confirmarlo.

La literatura viene á ser como el barómetro que mide las vicisitudes del corazón humano, y el molde donde se funden y plastifican las ideas de todos los pueblos, al calor de todos los siglos. Cuando la historia nos señala lides sangrientas, la poesía nos repite con su épica trompa el fragor de las batallas y las hazañas de los héroes: mas cuando la sociedad se enerva y languidece porque el veneno de la molición y la corrupción de las costumbres se infiltran en sus entrañas, las liras destemplan sus robustas cuerdas y arrastrándose á las plantas del favoritismo, modulan en los tonos más serviles las lisonjas más venales.

Por eso, si un día el mundo de los hombres tuvo necesidad de que un Redentor abriera sus ensangrentados brazos sobre la cima del Gólgota para cerrar los tenebrosos abismos donde la humanidad corría vertiginosa á derrumbarse, el mundo de las letras, como el mundo de las ciencias, tuvo también necesidad un día de que el genio de la redención se levantara arrogante para destruir con sus luminosos rayos las tinieblas del error y de la perversión del gusto, y para dejar á las generaciones que le sucediesen un libro que fuera como código del

buen sentido que trazará á los hombres el recto camino de la razón y del bien, condenando igualmente el extraviado idealismo que todo lo perturba y el grosero positivismo que todo lo corrompe.

Y Cervantes nos dejó un libro que enseña esta gran verdad: que no hay idealismo más funesto, ni tampoco más ridículo que aquel cuyo fin se cifra en resucitar ideales muertos que pasaron para no volver. Por eso, el *Quijote*, protesta enérgica contra la Edad Media, aparición primera de la razón y del buen sentido, es también la afirmación primera del progreso humano, hecha inconscientemente en los comienzos del siglo XVII.

Tal fué la empresa, gloriosa por más de un concepto, que estaba reservada á Cervantes con su famoso é inmortal *Quijote*. Hijo de esta nuestra tierna y apasionada raza meridional, pero al mismo tiempo enérgica y severa, condensó en su bien organizado cerebro los pensamientos y creencias, los errores y las preocupaciones que flotaban esparcidos por la atmósfera social, y combinándolos en el sublime laboratorio de su privilegiada inteligencia, y asimilándolos á su bello arquetipo ideal, presentó al mundo en vivos y elocuentes cuadros el fiel trasunto de aquella sociedad hipócrita y corrompida.

Por otra parte, hay que tener presente que nacido Cervantes en una de las memorables épocas de la historia, cuando el ideal teocrático-feudal de la Edad Media se derrumbaba á impulsos del Renacimiento y de la Reforma; cuando la naturaleza empezaba á despertar de su letárgico sueño y reivindicaba ante el espíritu sus fueros; cuando lo humano comenzaba á sobreponerse en el arte á lo divino, y la belleza de la realidad y el culto de la forma sustitúan á la belleza de la idealidad y al místico culto del espíritu; cuando el derecho volvía á ser respetado y á ser institución social, y la justicia se confiaba al poder de la ley y no al brazo de los caballeros andantes; cuando la filosofía rompía el yugo de la escolástica y las ciencias experimentales dejaban de inspirar aversión, cambiando por completo la faz del planeta con sus admirables inventos y la concepción general del mundo con sus profundas investigaciones, y la industria, las artes y el comercio dejaban de ser ocupación deshonrosa; cuando las nacionalidades se fundaban sobre las ruinas de los castillos feudales, arrasados por la pólvora de los plebeyos, y la libertad del pensamiento surgía de los escombros del ideal teocrático, demolido por la palabra de Lutero; nacido Cervantes en aquella época memorable y sin igual en la historia, traía al mundo la misión, presintiéndolo acaso, pero no sabiéndolo con perfecta conciencia, de representar los primeros albores del espíritu nuevo que comenzaba á agitar y conmover al mundo y á lanzar al mismo tiempo la protesta más enérgica que hasta nuestros días se ha lanzado contra el ideal antiguo.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

LA VIRGEN DE LA ALMUDENA

ROMANCE HISTÓRICO

I

Cuando la orgullosa *Roma*
 Reina del mundo se ostenta,
 Después de su siglo de oro,
 En que las artes y letras
 Florecen, y al apogeo
 De su gloriosa grandeza,
 Virgilio, Ovidio y Horacio,
 Y esa serie de poetas
 Que brillan en redor suyo
 Hasta su zenit la elevan;
 Cuando desgarrado el manto
 De esa *República* inmensa,
 Hecha girones la púrpura,
 Lleno el rostro de vergüenza
 Se oculta tras del *Imperio*
 Que tanto engrandece César,
 Y desde Oriente á Occidente
 El Asia, el Egipto y Grecia,

Todo el mundo conocido
Se humilla ante su bandera,
Que tremola poderosa
Marchando en triunfal carrera,
Hollando tronos y pueblos,
Ganando gloria y riquezas,
Arrebatando coronas
Para forjar la diadema
Imperial que ha de regir
A la humanidad entera;
Cuando por su corrupción
Infame, por su vileza
Este pueblo degradado
Corre á mirar los atletas
En los anchurosos circos.
Y allí la sangre contempla
Gozándose en la agonía
Del que sucumbe en la arena;
Cuando á la prostitución
Ya las matronas se entregan,
Esas matronas romanas
Cuya virtud tan austera
Tan decantada fué siempre
Y ahora se cambia en licencia,
En vicio y libertinaje
En crápula y ligereza:
Cuando el senado se arrastra
Y su dignidad posterga,
Profanando aquella toga
De Catón y Mucio Scévola,
Obedeciendo á Tiberio.
Monstruo que vino á la tierra
Para doblar la cerviz
De aquella Roma altanera;
Cuando Calígula el loco
Monarca absoluto impera;
Cuando la degradación
Del hombre á su colmo llega:
Cuando el termómetro marca
De Roma la decadencia;
Cuando muere el *gentilismo*
Ante una religión nueva,
Que sufre persecuciones
Por adorar una idea,
Y á costa de mil martirios
Se va ensanchando la esfera
Del *cristianismo*, que en alas
De mil espíritus vuela,
Predicando el Evangelio
Con humildad y pobreza;
Cuando aun llora al *Redentor*
El ángel de la pureza,
La desconsolada madre,
La Virgen de Galilea,
La elegida del Señor,
Maria de gracia llena,
Tuvo el feliz pensamiento,
La maravillosa idea
El bendito Nicodemus
De copiar la efigie bella
De la Madre del Señor,
Para que quede en la tierra
De la purísima Virgen
Una sacrosanta muestra.
Voló la Virgen al cielo
Y hoy los cristianos veneran
Aquel busto peregrino
Que Nicodemus hiciera,
San Lucas Evangelista,
Según la tradición cuenta,
Con inspirado pincel
Dió á aquel rostro la pureza,
El candor y la dulzura
Que tuvo siempre la Reina
Del cielo, que allá en el trono
Del Altísimo se sienta,
Diz que el apóstol Santiago,
Cuando partió con fe ciega
De Jerusalem se trajo
Aquella imagen perfecta,
La primera que en Madrid
Se adoró rodilla en tierra.
Himnos á sus pies entonan
Las candorosas doncellas,
Y los ancianos descubren
Su nevada cabellera,
Y los niños la saludan
Con sus caritas risueñas,
Dándole la bienvenida;
Que todos en fin, se alegran
Y le tributan devotos

Una adoración eterna,
Un culto humilde y ferviente,
¡Ojalá nunca se pierda
La devoción que merece
La virgen de la Almudena
.....

II

La grandiosa monarquía
Que los godos en España
Fundaron con Ataulfo,
Y con Recaredo y Wamba,
Agonizando en Rodrigo,
Muere pobre y deshonrada.
Muere sí, en el Guadalete
No porque el valor le falta,
Le falta la dignidad
Al rey...! que el pueblo se lanza
A combatir por su Dios
Contra la grey musulmana.
Y jamás en la pelea
Negó el español la cara!
Triunfó por fin el oriente
En esta triste jornada,
Refugiándose la *Cruz*
En las ásperas montañas
De Covadonga y la Media
Luna triunfante se halla,
Gozándose del martirio
Del pueblo, que teje palmas
Y coronas de laurel
Para premiar las hazañas
De los que vierten su sangre
Por el amor y la *patria*
Madrid medita en silencio
El porvenir que le aguarda;
Jura con indignación
El defender sus murallas,
Morir antes que rendirse
Al musulman, cuya raza
Siembra el espanto y la muerte
Y cuanto toca profana.
De rodillas en un templo
Que Santa María llaman,
Hacia el trono del señor
Elevan una plegaria,
Llenos de santo entusiasmo
Hacen brillar las espadas,
Diciendo: ¡Sus! á lidiar
Por *Dios*, el *Rey* y la *Patria*.
Con la fe en el corazón
Llegan á besar, las plantas
De la imagen de *Maria*,
Que en este templo se halla,
Cuando hiere sus oídos
El grito de una atalaya,
Que los blancos alquicedes
Divisa ya en lontananza,
Ya los hijos del desierto,
Blandiendo sus cimitarras,
En sus briosos corceles
Hacia Madrid se adelantan,
Y los hijos de Madrid
En tanto cogen en andas
A la Santísima Virgen.
Y en medio de la muralla
La depositan, poniendo
Dos cirios de cera blanca
Que alumbren de la que es reina
Del cielo la pobre estancia.
Apenas cubrir lograron
Con cal y piedras la entrada,
Como leones furiosos
Corren á buscar las lanzas
Para mostrar que en sus venas
Corre sangre castellana,
La sangre que los fenicios
En las andaluzas playas
Vieron mil veces teñir
De púrpura la mortaja
Al español que la sangre
Por su libertad derrama;
La sangre que los romanos
Nunca humillan ni avasallan,
Esa sangre más ardiente
Que de igneo volcán la lava,
Sangre independiente y libre,
La sangre de los que aman
La libertad, y jamás
Cadenas de esclavo arrastran,
Sino que siglos y siglos

Luchan con fé y esperanza.
Las aguas del Manzanares
Ya los turbantes retratan:
Ya los hijos de Mahoma
Se aprestan á la batalla,
Ya los *cristianos* su empuje
Con bazarria rechazan
Una vez, y dos, y ciento,
Van y vienen, suben, bajan,
Acometen, se retiran,
Arrojan al muro escalas,
Se preparan al asalto,
Y los cristianos aplastan
Las medias lunas y el cráneo
Con los golpes de sus mazas
A los moros que, atrevidos
Soñando con las cristianas,
En alas de su impaciencia
Quieren saltar la muralla.
De pronto un grito salvaje,
Grito de furor y rabia
Se escucha, y los musulmanes
En torbellino se lanzan
Por un portón, que ha cedido
A devoradoras llamas.
Entonces crece el combate,
Fuego despiden las armas,
Se pelea cuerpo á cuerpo,
Un golpe una vida acaba,
Disputándose el terreno
Palmo á palmo. La muralla
Coronan como un enjambre,
Dan una desesperada
Acometida, y saltaron
Por cima de una muralla
De cadáveres, escudos,
Capacetes, flechas y armas,
Celebrando la victoria,
La muerte sus negras alas
Cernía por todas partes,
Cubriendo de luto á España.
Ángeles bajan del cielo:
Vienen á repartir palmas
A los que han dado la vida
De su religión en aras;
Aquellos que con su sangre
Han regado de la patria
El árbol, que más frondoso
Ha de renacer mañana,
Para entreteger coronas
Y mil vistosas guirnaldas
Que orlen el manto de gloria
De aquella azucena blanca,
Que desde Jerusalem
Vino á Madrid, y se halla,
Cual una perla en su concha,
En los muros encerrada.
.....

III

En la catedral de Burgos
Quiere penetrar el pueblo.
¿Qué sucede que las tropas
Impiden entrar al templo?
Que los nobles castellanos
Van á tomar juramento
Al rey, con la mano puesta
En los santos Evangelios,
De no haber tenido parte
En la muerte que en el cerco
De Zamora sufrió el rey
Sancho II. Por eso
La Jura en Santa Gadea
Que el cumplido caballero,
El tipo del heroísmo,
De la hidalguía modelo,
El famoso *Campeador*,
El *Cid*, con rostro sereno,
Que se atreve á pedir cuentas,
Al que luego Alfonso sexto
Fué, representará siempre
Al hombre libre de miedo,
Al noble que la honradez
Hace volver por sus fueros,
Que no se humilla ante el trono
Y sabe romper el cetro,
Antes que sea del crimen
Galardón corona ó premio.
Júbilo el rostro retrata
De nobles y de pecheros,
Que al rey declara la guerra

Al moro, y quiere el primero
Ver ondear su estandarte
Sobre Madrid y Toledo.
Preparan las armaduras,
Prueban su temple al acero,
Todo es confusión en Burgos
Que va á partir el ejército.
El soldado se despide
De su amante con un beso,
Que en su pura frente graba
De su puro amor el sello
Cortan sus rizos las damas
Para que lleven recuerdos,
Hay lágrimas y suspiros
Promesas y juramentos,
Promesas de enamorados
Que suele borrar el tiempo.
Ya salen los escuadrones
De honor y gloria sedientos;
Van en pos de los laureles
Y se despiden risueños.
Ya en el lejano horizonte
Sólo se ven los plumeros;
Las burgalesas agitan
Sus cendales, y pañuelos,
Y vuelven á la ciudad
Con el corazón diciendo:
*Benditas sean las madres
Que tales hijos tuvieron,*
Ya divisan las murallas
Del *Magerit* agareno;
Ya el ejército cristiano
Se apresura á poner el cerco;
Ya los hijos del islam
Tienen el alfanje presto
Para defender sus vidas;
Mas cuando reina el silencio
De la pavorosa noche,
Sube el ejército al cerco
De la villa, y grita el Cid:
Madrid por Alfonso VI.
Se defiende la morisma,
Pero cedió ante el esfuerzo
De los bravos campeones
Que reconquista su suelo.
No acuchillan, ni degüellan,
Que los castellanos pechos
Son leones en la guerra
Y son en la paz corderos.
Y brilla en su corazón
La luz de los Evangelios.
Fé, Esperanza y Caridad
Les predicó el Nazareno,
Y es el perdón la doctrina
De su Divino Maestro.
Llegó á noticia del Rey
Que allá, en muy lejanos tiempos,
Una imagen de María
Quedó guardada en el cerco.
Y la tradición nos cuenta
En donde se halla de cierto
La iglesia, que era mezquita,
Iglesia otra vez hicieron.
Y los salmos religiosos
En ella vibrar se oyeron,
Con todo el rito cristiano
Sus ceremonias y rezos.
Y ese esplendor que la Iglesia
Tributa al Rey de los cielos,
Luego al Dios de las Victorias
Una procesión hicieron,
Suplicando en sus plegarias
Les revelase el secreto
Que tanto saber anhelan:
Y al punto rasgóse un lienzo
De la muralla, dejando
El tesoro descubierto
De la Virgen, y los cirios
Que están á su lado ardiendo
Milagro, Milagro, exclaman
De rodillas en el suelo,
Viendo á la Madre de Dios,
Que al parecer, bendiciendo
Se encuentra desde su trono
A sus hijos predilectos.
Que con fe en el corazón
Supieron morir cual buenos.
Luego en santa procesión
La condujeron al templo,
Dando gracias al que obrara

Tan prodigioso portento.
Corrió el suceso la España
Con la rapidez del viento,
Y acuden de todas partes
Con puro y ferviente celo,
Al postrarse ante las plantas
De la que tuvo en su seno
Al Redentor de las almas,
Al que fundó con su ejemplo
Una religión de amor,
De salvación faro cierto,
Que brillará mientras duren
Las leyes del Universo.

JOSÉ ALVAREZ SIERRA.

BALADAS AMERICANAS

POR

LUIS RICARDO FORTS (1)

LA TIERRA NUEVA

(Anales groenlandeses.)

Allá, en las tierras de Hóls, nació Már.
Már tomó por compañera á Thorkatla, la de los
cabellos de oro, hija de Hergils la santa. Y Már y
Thorkatla engendraron á Aré (2).

Delante de Aré abriéronse una noche los secre-
tos de las Grandes Aguas.

Y Aré, llevado sobre las olas de la tempestad,
cruzó el mar durante seis soles y seis lunas. Y sus
ojos consiguieron ver la Tierra Grande donde acaba
la luz.

Aré imprimió su planta en Hoitrámannaland (3);
y su sorpresa estalló al encontrar otros seres que ha-
blaban su lengua y adoraban su Dios.

Aré fué reconocido por aquellos hombres blancos
y tratado con honor. Tomó una compañera que ve-
neraba el signo de la cruz, y alcanzó á besar los
hijos de sus hijos.

Pero el hijo de Már y de Thorkatla no volvió á
ver la Montaña del Fuego (4).

Después de muchos miles de soles, el Señor vol-
vió á abrir el camino de las aguas entre la Tierra
Nueva y la cuna de Aré.

Entonces pasó por él Gudhleif, empujado por las
tormentas.

Gudhleif fué hijo de Gudhlang el Rico, hermano
de Thorfinn, padre de los Sturlúngs.

Entonces se acababan los días del reinado de
San-Olaf; y navegando entre la verde Erin y la Is-
landia, perdióse entre los torbellinos de agua y
viento que lo arrebataron hasta Vinland-it-God-
dha (5).

En aquellos tiempos ya había muerto Aré de las
tierras de Hóls. Y Gudhleif y sus compañeros fueron
presa de los hombres blancos de la comarca.

El jefe de la tierra les habló en su lengua y les
preguntó por los dominios de Borgarfjörðh y Breid-
hafjörðh, en la fría Islandia.

Después el caudillo alzó la voz y les dijo:

«Yo soy el bravo Björn, el hijo de Asbrand, de
Kamb (6) y esposo de la divina Thuridhe, la viuda
de Thorbjörn el Gordo.

«Yo soy Breidkvikingsappé (7) el vencedor de mis
rivales; aquel que dejó de ver la tierra natal diez
centurias después del sacrificio del verdadero Dios.

«Los hombres que yo mando son crueles, y entre
ellos os esperan la muerte ó la esclavitud.

«Volved á vuestra patria en donde restituiréis el
gozo en el pecho de vuestros padres, de vuestras
esposas y de vuestros hijos.

«Tomad mi espada y mi anillo y llevadlos á Kar-
jartan y á su madre Thuridhe, mi hermosa consor-
te. Dádselos como muestra de que al otro lado de las
Grandes Aguas hay un corazón que se regocija con
la memoria de sus rostros.»

Björn, el hijo de Asbrand, dejó de hablar y de-

(1) Véase el número anterior de LA AMÉRICA.
(2) Crónicas de Snorre Sturluson. Edición de Ungar.
Cristiania, 1864-68.
(3) Significa País de los hombres blancos, en lengua danesa.
(4) Islandia, por el volcán Hecla.
(5) En idioma danés es *El buen país del vino*.
(6) Señorío situado cerca de Breidhavig, que forma una de las bahías de Toxafjörðn y que penetra en el promontorio de (Sucefellnes), cuartel occidental de la Islandia. Kamb se halla situado á 100 kilómetros al Sudoeste de Beykjahols, dominio patrimonial de Aré Marsson.
(7) Significa Atleta de las márgenes de Breidhavig. —(Eyrbyggja saga, ap. 29).

ramó las lágrimas de sus ojos y abrazó á Gudhleif y los suyos.

Después los vió partir sobre las ondas.

Su mirada no se apartó del buque que los conducía, hasta que las brumas lo hicieron invisible en la línea del cielo y del mar.

Y poco tiempo más tarde murió Björn cargado de años y de pesadumbres.

Pero el verdadero Dios ha escrito que los hijos de Gudhleif verán un día todos los senderos de las Grandes Aguas abiertos delante de sus bajeles.

Entonces vendrán á recoger las cenizas del bravo Björn y a labrar la Tierra nueva.

EL DILUVIO

(Tradicón del Bajo Mackenzie.)

Un día los astros se ocultaron, el firmamento se oscureció y los mares llevaron todos los espacios con los mugidos que subían de sus profundidades.

Las aguas llegaron á cubrir toda la tierra y las gentes fueron presa del pavor. Todos los corazones se llenaron de espanto.

Las tiendas de los hombres desaparecían. El viento las arrebató.

Entonces fueron atacadas muchas almadías unas con otras.

Y como las olas del mar llegaron á estar más altas que las crestas de las montañas Roqueñas, un huracán terrible las arrojaba sobre la tierra, mientras los hombres corrían á secarse al sol (1).

Pero los gentes y la tierra desaparecieron.

¡Arkræle! (2)

Un calor horrible mataba á los hombres.

Las olas hacían morir todos los seres.

Y las gentes temblaban y hacían oír sus lamentaciones.

Los árboles arrancados de raíz flotaban á merced de las aguas.

Los hombres temblaban de frío y atracaron sus embarcaciones unas á otras.

¡Arkræle!

Tal vez se refugiaron acurrucados debajo de una tienda levantada sobre las barcas.

Y entre ellos había un viejo llamado Hijo del Buho.

El Hijo del Buho era sabio en los secretos de la magia; y después de algún tiempo dirigióse al huracán y lanzó una gran voz que retumbó en todos los espacios.

«¡Tayma! (3) dijo. ¡Tayma! No soples más.»

Entonces arrojó su arco á las olas.

Después echó al abismo los pendientes que adornaban sus orejas.

Y el viento cesó.

Las aguas se retiraron á sus cauces, y la destrucción y la muerte tuvieron fin.

Así se salvó el grupo de gentes refugiado sobre las embarcaciones.

Y estas gentes volvieron á poblar la tierra.

LA CUERDA DE CAÑAMO

Novela original

(Continuacion.)

Casi todos asintieron á lo que defendía su amigo, Grande de España con más títulos que caballos tenía en sus famosas caballerizas.

Jaime, con asco y repugnancia ante la moral de buen tono preconizada por aquel aristócrata apostol de las conveniencias sociales, indignado ante la idea de ver á Isabel, á su ángel de candor y pureza, casada con otro y concediéndole á hurtadillas favores que hundieran en el cieno la dignidad de los tres, se alejó de allí sin ser notado y volvió á entrar en el salón, donde se sentó ébrio de rabia, dolor y celos, lejos, muy lejos del sitio donde se hallaba Isabel, para no verla, porque de verla al lado de su odiado rival, no respondía de dirigirse á ella y ahogarla entre sus manos.

Sin conciencia del sitio en que estaba, fijó el pensamiento en su desdicha, los más absurdos proyectos y los más desatinados planes para

(1) Según el reverendo Petitot, el original de la tradición que cuentan los esquimales, dice así: *Anorem nuna mun tipaalungmarit innuit panertoit kaleungmata.*
(2) Exclamación de orosa de los esquimales.
(3) Significa *¡Es bastante!*

conservar contra todo el mundo que se opusiera á su adorada Isabel y matarle si era inconstante, pasaban por su acalorado cerebro, contribuyendo no poco á su aturdimiento las vertiginosas vueltas de los que walsaban. El abanico de una señorita, sentada con otras amigas cerca del enamorado pintor, vino á caer á los piés de éste, que saliendo de su abstraccion, se apresuró á recogerle y se le alcanzó respetuosamente á su dueña, que no era otra que Clarita Mendoza, primorosamente vestida con un precioso traje azul con adornos de raso blanco.

—Muchas gracias—le dijo. Y luego, fingiendo con admirable naturalidad una sorpresa que no sentia, exclamó:

—¡Ay, Jaime! ¡V. aquí! ¡Qué cabeza la mía! ¡Lo que V. habrá pensado de mí! Se me olvidó que tenia el otro wals comprometido con usted. ¿Por qué no me lo ha recordado V.? Para que vea usted que no ha sido mi ánimo ofenderle, bailaremos este.—Y se puso en pié.

Jaime que en toda la noche se habia acercado á ella, se levantó tambien.

A los pocos momentos Clarita y Jaime se perdieron entre la turba multa de parejas que bailaban.

—¿Pero qué le pasa á V., Jaime, que tiene usted esa cara de empleado de la Funeraria?—le preguntó Clarita en voz baja.

—¿Me lo pregunta V.? ¿Pues no sabe usted que Isabel se casa con el Marqués?

—No, no lo sabia. ¿Quién se lo ha dicho á usted?

—Todo el mundo lo ha dicho. En el salon no se oye hablar de otra cosa.

—¿Pero dicen que se casa?

—No, dicen que la Marquesa va á pedir su mano para su hijo.

—Ah, bueno. Eso ya es otra cosa—le replicó Clarita.—De eso á casarse hay mucha distancia.

—Pero...

—Pero ¿tiene V. motivo para creer otra cosa? ¿Ha notado V. algo en Isabel para que V. se ponga en ridículo, y la ponga á ella, que es lo peor?

—¡Yo! Allí está en conversacion con el Marqués.

—¿Y qué? ¿quiere V. que le eche á abanicazos de su lado? ¿Se ha acercado V. á ella en toda la noche? ¿Sabe V. lo que estará sufriendo al notar su alejamiento?

—Todos dicen que no podrá menos de ceder á los deseos de la Duquesa.

—Desdichada la que se enamora de ustedes. Lo que es yo... ¡Dios me libre de enamorarme! Enseguida, sin motivo ninguno, ya creen ustedes que se les falta, acusan de inconstancia á la que les ama más de lo que se merecen, sin reparar en que la infieren una grave ofensa. Y sobre todo, no es la mejor manera de vencer el peligro huir de él.

—Gracias, Clarita, gracias por el bien que me hacen sus palabras.

—¿Qué? ¿Se me va V. á echar á llorar ahora? Llegaban en aquel momento delante del sitio en que estaban sentados Isabel y el Marqués.

—Vea V., vea V., hombre de poca fé, si tiene usted motivo para estar celoso.

El Marqués hablaba á Isabelita, que le escuchaba con afectada indiferencia y sin disimular su aburrimiento y contrariedad. Cuando Jaime la miró la encontró con los ojos fijos en él, y una triste sonrisa y una mirada expresiva fueron la reconvenccion, por su conducta, que recibió de su amada. El rostro de Jaime experimentó una completa trasfiguracion. Se desanubló su semblante y el júbilo más extremado se manifestó en él.

—¿Qué merecia V.?—le dijo burlescamente Clarita.

La orquesta dejó de tocar. Jaime intentó conducir á Clarita hácia el asiento más próximo.

—No, aquí, no.—Y fué con él hácia donde estaban Isabel y el Marqués.

—Isabel—la dijo.—Que á Valls le has ofrecido unos rigodones, y como es así, no se atrevia á recordártelo.

—¿Por qué no ha venido?—contestó Isabel con tono de reconvenccion y dirigiendo una mirada de gratitud á su amiga.—Si V. quiere, bailaremos estos rigodones que van á tocar.

—Muchas gracias—repuso Jaime.

—Pero siéntese V., Jaime—le dijo Clarita.

Jaime se sentó. Hubo algunos instantes de silencio. La orquesta preludió unos rigodones. Isabel y Jaime se pusieron en pié.

—Les haremos el bis á bis—dijo á Clarita el Marqués. Pero Clarita sin darse por entendida se colocó en un cuadro á bastante distancia de aquel de que fueron á formar parte su amiga y Jaime.

Clarita se gozó en martirizar con sus burlas al Marqués, elogiándole su noble afán de conquistar por el matrimonio los corazones que latian por otro, y el buen ejemplo de respeto filial que iba á dar casándose á gusto de su mamá.

No es posible adivinar lo que hablaron en tanto Isabel y Jaime. El caso es que se descuidaron muchas veces teniendo que llamarles la atencion con frecuencia las parejas inmediatas, cuando les tocaba hacer las distintas figuras del rigodon, y que al concluirse el baile aquella mañana, él se retiró á su casa más satisfecho que nunca, y ella á sus habitaciones más resuelta á no sacrificar su amor por consideraciones de ninguna especie. Ambos estaban dispuestos á afrontar con resolucion la tempestad que se cernia sobre ellos en el cielo de su dicha.

V

—¿Lo vé V., Perez? ¿Lo vé V.? Ha sucedido lo que yo me figuraba. Ya le dije á V. que la Marquesa iba á pedir para su hijo la mano de Isabelita. Antes de que lo hiciese se lo he dicho á ésta. ¿Y á que no sabe V. lo que me ha contestado? Que no estaba dispuesta á dar su mano á quien antes no fuese dueño de su corazon. En vano la he hecho toda clase de reflexiones, la he encarecido el placer con que veriamos el Duque y yo enlace tan ventajoso para ambas partes; con los ojos bajos me dió la callada por respuesta. Viendo tanta terquedad, llamé al Duque para ver si lograba convencerla. Despues de muchos halagos, porque su abuelo es quien la ha echado á perder con sus mimos, cuando se la preguntó qué motivos tenia para rechazar al Marqués de Rianza, nos dijo con mucha monita, eso sí, pero muy clarito, que no podia complacernos porque amaba á otro. Con que ahí tiene V. ¡Salimos ahora con que la niña está enamorada! Yo, la verdad, me indigné; pero el Duque, que es de pastaflora, la preguntó de quién, prometiéndola que si era de una persona digna de ella, lejos de oponernos á sus relaciones, estábamos dispuestos á autorizarlas y hasta á casarla con el elegido de su corazon. Mala espina me dió el ver que la niña vacilaba y lloraba sin decirnos quién era el feliz mortal. Por fin, tanto insistió su abuelo que, tartamudeando, nos lo dijo. ¿Y á que no sabe usted de quién se ha ido enamorar esa desdichada? Pero si lo sabrá V., porque ahora resulta que todo el mundo lo sabia menos nosotros.

—Pues yo, Duquesa, puede V. creer...

—Pues sépalo V., de ese pintor de mis pecados, de ese Jaime Valls de quien en mala hora se habló en esta casa. Ahí tiene V. lo que han dado de si las complacencias del Duque, las visitas al estudio y el retratito. Y yo tan tranquila, confiando en esa imbécil de Mis Hight.

—Tranquílcese V., señora. Todo tiene arreglo en este mundo menos la muerte.

—Pero hombre de Dios, ¿qué arreglo quiere usted que haya? ¿Vamos á autorizar esos amores? ¿V. se figura que vamos á casarla con un hombre que no es de su clase? Y eso seria lo de menos sino fuera cierto que no tiene padre conocido.

—¿No ve V. que semejante casamiento seria piedra de escándalo? ¿No considera V. que todo el mundo nos tendria por locos? Hasta Fernando (Fernando era el Duque) que es un alma de Dios, y á quien esa mocosa tiene sorbido el seso con sus gazmoñerías, no ha podido menos de incomodarse con ella. Creo que ha sido la primera vez en su vida. La hemos dicho que es preciso que terminen en absoluto esas relaciones y que ahora más que nunca insistimos en casarla con el Marqués. Si se niega, su abuelo la llevará, cuando menos lo piense ella, á viajar por el extranjero. A ver si la ausencia desvanece el capricho de esa loquilla.

—Se me figura, Duquesa, y V. me dispensará que se lo diga...

—Diga V., amigo Perez, diga V. lo que quiera—replicó la Duquesa, para animarle.—Ya sabe—usted que tengo en mucho sus buenos consejos.

—Gracias, señora. Decia que el rigor no me parece el mejor medio para doblegar la voluntad de Isabelita. Une un carácter de hierro á la bondad de un ángel.

—Vaya una bondad la de una criatura que no sabe sacrificar un capricho al cariño de sus abuelos que la han querido siempre con idolatría.

—Siento decirselo á V., Duquesa. No creo á Isabelita capaz de caprichos, pero si de pasiones vehementes, y es lo que me temo. Una pasion amorosa, cuando es tal pasion aumenta con las contrariedades. Isabelita sabrá callarse; pero si ha llegado á amar de veras á ese hombre...

—Sí, tiene V. razon. No me coje de susto. ¿No ve V. que estoy aleccionada por la experiencia? Corremos el peligro de que nos suceda lo que

con su madre. Pero, ¡Señor! ¡Dios mio! ¿A quién ha salido esta niña con esa voluntad de acero?

Perez hubiera podido contestarla que á ella. Preveia que dos voluntades tan enteras como las de Isabel y su abuela habian de chocar violentamente por precision. Al empeñarse ésta en que no, aquella se aferraria en que sí. Isabelita era altiva por temperamento y educacion, y su corazon vehemente se habia de sublevar á toda imposicion. La Duquesa tenia la voluntad virgen, y no habia que pensar en que transigiese, y en cuanto al Duque jamás tuvo voluntad propia desde que se casó.

—Repito á V., Duquesa, que por la persuasion tal vez se pueda conseguir algo de Isabelita, de otro modo lo dudo mucho.

—Dice V. bien, amigo Perez; pero despues de lo que la hemos dicho, ni el Duque ni yo podemos dignamente, sin desprestigio de nuestra autoridad paternal, ir á rogarla. V. tiene algun predominio sobre ella. Le suplico encarecidamente que procure traer á buen camino á esa cabecita dura. Dígala V. que no sea ingrata con sus abuelos, que no contrarie su voluntad, que desista de esos amores si quiere evitarnos el disgusto más grande de nuestra vida. V. sabe ser insinuante cuando se le propone y tal vez consiga convencerla.

—¿Y me autoriza V. á decirle que si desiste de sus relaciones no se hablará más de su boda con el Marqués?

—¡Oh, no! Se casará con el Marqués. He dado mi palabra á la Marquesa y no he de faltar á ella por las extravagancias de una niña terca.

—Entonces, señora, creo inútil el paso que voy á dar.

—¿Qué! ¿se niega V. á complacerme?

—Señora, ¡Dios me libre! Ahora mismo voy al cuarto de Isabelita, y la prometo á V. solemnemente hacer cuanto pueda para lograr que se someta á la voluntad de V.

—No esperaba menos de su amistad. Vaya usted, vaya V., y ¡que Dios le inspire! ¡Ay qué niña! ¡qué niña! ¡Si ya me lo temia! Su abuelo tiene la culpa de todo.—se quedó diciendo la Duquesa, en tanto que Perez, bastante contrariado por la comision que no habia podido rehusar, y persuadido de que nada iba á conseguir, se dirigió á las habitaciones de Isabel.

VI

Juana, la doncella de ésta, le anunció. Cuando entró Perez, Isabel, que estaba reclinada en un canapé, se incorporó. En su semblante se veian huellas de recientes lágrimas ocasionadas, sin duda alguna, por la lectura de un billete que tenia en las manos. No necesitó Perez ser muy lince para conocer de quién era.

—No puedo llegar en peor ocasion,—dijo para sí.

—Ya me figuro—le dijo Isabel—á lo que viene V. Y lo siento mucho, porque voy á verme precisada á desairarle á V., á quien aprecio tan de veras.

—No se equivoca V., Isabelita. Sé lo que sucede. He tenido ocasion de apreciar el disgusto de sus abuelos de V. que tanto la quieren, que no tienen otro cariño que el de V., y confio en que por respeto á sus canas y teniendo en consideracion el que dirán, V. se vendrá á la razon y se encontrará por fin dispuesta á un sacrificio propio de una buena hija como V.

—No puedo, Perez, no puedo. El sacrificio que se exige de mí supera á mis fuerzas. Hubiera intentado dar al olvido al que amo, creo que sin lograrlo; pero al menos toda relacion entre él y yo hubiera terminado para siempre. Mas romper con un hombre que me adora, que es digno de amor para... entregarme en matrimonio á un ente... á quien desprecio ¿por qué ocultarlo? ¡Eso no! ¡Seria infame...! Y á nadie que tenga corazon y decoro se le puede exigir que cometa una infamia—dijo Isabel con energia.

—En ningun sacrificio hay infamia. Sólo puede haberla cuando se obra con miras interesadas. Pero en este caso V. daria pruebas de filial abnegacion al obedecer á sus abuelos. Considere cuánto les debe—la replicó Perez. Mas, considerado todo, y estoy decidida. Mas, al intentar rajar al que amo, mortificó mi amor propio, ya predispuesto mi ánimo en contra de todo lo que sea sacrificio en obsequio suyo. Pudo decirme que desistiera de mis relaciones con él; pero ¡calificarlas de vergonzosas! ¡Amenazarme con un convento si persistia en mi loco propósito de casarme con un advenedizo, hijo de padre desconocido! ¡llamarle gañan insolente, audaz aventurero que trataba de encumbrarse á una posicion que no merecia, explotando la falta de seso de una niña terca y mal educada!... ¡A él que es la nobleza misma! ¡á él, tan desintere-

sado, tan leal, tan caballero! ¡a él, que me ama con toda su alma! ¡a él, a quien adoro con todo mi corazón!... ¡Oh! ¡Puede V. creerlo, Perez! Eso me ha hecho mucho daño y ha aumentado el amor que le tengo. Creo que de tenerle afición, no más, ahora lo querría. De amarle antes, en este momento le adoraría. Y como ya le adoraba después de lo sucedido, sería menester arrancarme vida... y corazón... y alma para fingirle desvío y atormentarle con desdenes de que protestaría todo mi ser.

Con tal exaltación dijo esto Isabel, lágrimas tan sinceras y copiosas vertían sus hermosos ojos, que el anciano Coronel se enterneció, y no pudo menos de conceder sus simpatías a un amor tan verdadero como el de la apasionada niña, é inspirado por sujeto tan digno de ser amado como Jaime, Porque, pensándolo bien, la Duquesa no había estado muy oportuna al confiarle aquella misión. El, que también era hijo de sus obras, no podía menos de estar predispuesto en favor de Jaime. Persuadido por experiencia propia de que aquel carácter cuya nobleza, perseverancia y energía no se quebrasen en el crisol de la desgracia, era digno de todos los lauros y de todos los triunfos, sentía por Jaime admiración y cariño. Había luchado y había vencido, y en la más horrible de todas las luchas, en la lucha con la pobreza y la soledad. Isabel, al amar a Jaime, ganaba mucho en el concepto del anciano, porque este amor probaba que la joven había sido discreta hasta el extremo de apreciar el tesoro que la aparente misantropía del inspirado pintor ocultaba a los ojos del vulgo. Jóvenes ambos, hermosos, apasionados y nobles de corazón, eran dignos el uno del otro.

—No se exalte V., Isabelita—dijo a la joven, con cariñosa entonación.—Tenga V. más calma y reflexione V. bien lo que va a hacer. No la creo capaz de dar un escándalo, rebelándose abiertamente contra la voluntad de sus abuelos. Haga usted por el cariño que la tienen el sacrificio que la exigen. Pida V. un plazo para pensar en su boda con el Marqués. El tiempo calmará la indignación de su abuela de V. y cuando aprecie la magnitud del sacrificio que V. ha hecho por ella, no persistirá, seguramente, en casarla contra su voluntad de V. Además, el Duque se pondrá de su parte.

—Sus consejos de V. son buenos, amigo Perez; pero no es posible que los siga una mujer apasionada. Demasiado lo comprenderá V. No soy de las que piden plazo para reflexionar, cuando están dispuestas a decir siempre y desde luego que no. Además, sería completamente inútil que procurara ganar tiempo por ese medio; si mi abuela se ha propuesto que me case con el Marqués, la conozco bien, no desistirá por nada ni por nadie de su empeño. En cuanto al abuelo, sabe V. mejor que yo que jamás contrarió en nada a mi abuela.

—En verdad que el porvenir que le espera a usted si transige, nada tiene de halagüeño...—la contestó Perez.—¿Pero es mejor el que la aguarda en caso contrario? Se le exige a usted el sacrificio más grande que puede pedirse a una niña enamorada... ¿Pero no es mayor el lauro cuanto mayor fué la dificultad de la victoria? Usted es fuerte y valerosa, y esta es la ocasión de acreditarlo. Si fuera V. otra no me cansaría en suplicarla que cediese, ni la hablaría en los términos que lo estoy haciendo.

—Ayer... tal vez. Hoy, después de haber recibido esta carta, es imposible. Al hombre que me ama de esa manera, no puedo serle infiel ni dejarle sumido en la desesperación. Lea V. lea usted,—dijo Isabel, alargándole un billete.

Perez leyó:

«Isabel: solo, completamente solo, vivía tranquilo en mi soledad. La fatalidad hizo que nos encontráramos. Yo no pretendí tu amor. Enamorado de tí, callaba y sufría. No sé cómo fué, pero nos entendimos, y al verme correspondido, llegué a creer en la posibilidad de ser dichoso. Si por respeto y consideración a tus abuelos decides que todo concluya entre nosotros, aunque tal decisión será causa de eterna desesperación para mí, la acataré sin protesta; pero si otro hoy me habla de tí el amor a que yo sólo tengo derecho, que tus juramentos me le han dado, ante semejante ultraje a mi cariño, no puedo responder de mí. Creo imposible que tal hagas. Tuyo,

J.A.I.M.E.»

—Pero bien;—dijo Perez al devolver a Isabel la esquela de Jaime—aquí la deja V. en libertad...

—Sería abusar de su generosidad—se apresuró a interrumpirle Isabel.—Sé que haría lo que promete, que si yo le dijera «todo ha concluido entre nosotros,» no se manifestaría quejoso...

¡pero qué horrible decepción la suya! Porque, estoy segura de ello, al escribir esta esquela ni por un momento me ha creído capaz de renunciar a su amor, y si me ha dejado completa libertad de acción, fué, más que nada, para recibir una nueva prueba de mi cariño y tener un motivo de gratitud hacia mí en la contestación que de mí esperaba. Y por otra parte, ¡qué continuado tormento el suyo! ¡y qué cruel zozobra la mía!... Porque soy única heredera de un ilustre y antiguo título nobiliario y de una fortuna inmensa, de cuanto pueden ambicionar los que ven en el matrimonio un negocio... Serían innumerables, ya lo son en la actualidad, los pretendientes a mi mano, y en caso improbable de que mi abuela desistiese de quererme casar con el Marqués, es lo natural, tanto ella como mi abuelo tendrían empeño en que me casase con otro, y... ¡yo no he de casarme con otro que con Jaime!

—Conozco que soy importuno y que la molesto con mi insistencia...

—No me molesta V., Perez; aprecio en lo que vale su buena intención. Quiere V. evitar en esta casa los disgustos graves que mi resolución va a ocasionar. Antes de contestar a Jaime lo he pensado todo y no ignoro la trascendencia de lo que voy a hacer; pero ¡estoy resuelta! Ya se lo he dicho... Jamás renunciaré a su amor, que es mi vida... Para casarme con él estoy decidida a emplear todos los medios, sean los que fueren, siempre que no puedan manchar en lo más mínimo la reputación de la que ha de ser su honrada esposa. Y como se lo he dicho, lo haré.

—¿Y llegará V. al extremo de que intervenga el juzgado...?

—Llegaré.

—¿Y no le asusta a V. lo que dirán...?

—No.

—¿No considera V. que toda la buena sociedad madrileña censurará su conducta?

—Me importa poco. Ella no me ha de dar la felidat, y Jaime ¡sí!

—¡Por Dios, Isabelita! ¡No desoiga V. los consejos de este pobre viejo! ¡Mire V. lo que hace! ¡Se lo dice un verdadero amigo!

—Gracias. Lo he mirado ya.

—Veo que está V. locamente enamorada de ese hombre.

—Lo estoy. Se lo merece.

—Que Dios haga lo que más convenga a usted y a todos.

—Para mí y para todos los que deseen mi dicha, lo más conveniente es mi boda con Jaime.

—¿Quién sabe, pobre niña! Jamás sabe el hombre donde está su ventura. Cuando cree tenerla entre sus manos, se encuentra muchas veces con que es su desventura lo que creyó felicidad perdurable.

—Confío en Jaime.

—¿Y acaso cree V. que es Jaime dueño absoluto del porvenir?

—De todas maneras con él podré ser feliz, sin él imposible.

—Adios, Isabelita, puede V. creer que hago votos sinceros por su felicidad.

—Lo sé, amigo mio. Y que sea lo que Dios quiera.

Al salir Perez del cuarto de Isabel se le acercó un lacayo para decirle que la Duquesa le suplicaba fuese a verla antes de marcharse. Así lo hizo.

—¿Y bien, ha conseguido V. algo?—le preguntó la Duquesa apenas le vió entrar.

—Nada, señora.

—¿Persiste esa niña loca en su rebeldía?

—La he encontrado resuelta a todo. Imposible convencerla.

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE

COMERCIO DE LA ISLA DE PUERTO RICO

«El comercio de Puerto Rico con España es ninguno—decía Fr. Inigo Abad en 1772—y el que tiene con las otras provincias de la Corona es tan limitado, que no merece memoria. Algunos barriles de café, malagueta y los pocos cueros que sacan los correos componen todo su giro, que quizá no ascenderá a 10.000 pesos al año. El de España con esta Isla está reducido a surtir a la capital de vinos, aceite, sopas y algunas otras manufacturas de lujo... El resto de la Isla, poco ó nada consumen de España; los extranjeros llevan a sus costas y puertos todo cuanto apetecen a cambio de sus producciones y de la plata que corre en ella. Este comercio furtivo destruye al de España y no fo-

menta la Isla... La distancia de los principales pueblos a la capital, único punto habilitado para registros, lo fragoso de los caminos, la falta de puentes y barcas para el paso de los ríos dificultan la conducción de los frutos por tierra y duplican su precio. Esta sola razón basta para que el comerciante español no pueda tomarlos, por el ningún lucro que le dejaría su conducción, aun después de la libertad de los derechos reales que S. M. le ha concedido. El vecino de Puerto Rico, no hallando medio lícito para dar salida a su cosecha, la vende a menos precio y a cambio de ropas al primero que se presenta en la costa.

«Todo este trastorno y desorden provienen de la prohibición puesta por los gobernadores a los vecinos de la Isla, no permitiéndoles tener barcos para la conducción de sus frutos a la capital, con el pretexto de que con ellos pueden pasar a las islas el comercio ilícito, anteponiendo evitar este mal contingente por otro cierto; pues no habiendo guarda-costas, los extranjeros vienen libremente, sin que necesiten ir los españoles a las suyas, ni sea posible estorbárselo cuando quisieran ir, sino facilitándoles una salida regular de sus frutos; esto podrá conseguirse, además de la moderación de derechos acordada, con permitirles barcos para trasportarlos por agua, habilitar dos puertos en cada costa de la Isla para la mayor comodidad y pronto despacho de sus cargamentos, evitando las demoras y gastos que les ocasionan los viajes a la capital por la mayor distancia, formalidades embarazosas y detenciones perjudiciales a los vendedores y compradores, con lo cual saldrían los frutos a precios cómodos para que el comerciante español pudiese comprarlos sin peligro de perderse en su giro; el isleño, teniendo salida pronta y sin las zozobras y peligros del contrabando, los vendería con más equidad, multiplicaría las cosechas, y en pocos años se vería la Isla perfectamente cultivada y con un comercio útil a su habitantes, y no menos a la real Hacienda, por la multiplicación de extracciones, aunque los derechos sean muy moderados.»

Esto decía en 1772 Fr. Inigo Abad. Hoy Puerto Rico mantiene activo comercio con América y Europa; en este movimiento ocupa España preferente lugar; la exportación de los productos del país cada día alcanza mayores cifras, y la renta de aduanas constituye el primero de los recursos públicos. Ha bastado para todo esto hacer lo que indicaba aquel ilustre monje benedictino: admitir al comercio con Puerto Rico a todos los países, habilitar puertos, favorecer las comunicaciones y liberalizar los aranceles. Aquellos isleños, que se resistían a cultivar la tierra, temerosos de perder el fruto de sus capitales y trabajo por falta de compradores, resuélvense, aguijoneados por el estímulo de la demanda, a explotar las ventajosas condiciones naturales del país, y desde 1783 a 1827 producen, entre otros artículos, las siguientes cantidades de azúcar, café y tabaco:

AÑOS.	Azúcar. Quintales.	Café. Quintales.	Tabaco. Quintales.
1783.....	2.736	11.262	7.018
1812.....	16.765	78.093	8.783
1813.....	21.854	6.430	11.244
1814.....	19.584	44.461	11.234
1817.....	46.798	48.462	25.134
1820.....	31.663	58.790	11.165
1824.....	179.444	70.113	6.543
1827.....	365.535	130.900	13.257

Aquel movimiento mercantil, reducido en cuanto a España a la nulidad, y respecto al extranjero, al efectuado por medio del contrabando (1), crece con la rapidez que ponen de manifiesto las siguientes cifras:

(1) Merece recordarse lo dicho a este propósito por el Sr. D. Alejandro O'Reilly en su *Memoria sobre la Isla de Puerto Rico*. «En el día—decía el autor de este trabajo—han adelantado (los habitantes de la Isla) alguna cosa más, con lo que les estimula la saca que hacen los extranjeros de sus frutos y la emulación en que los van poniendo con los listados, bretañas, pañuelos, bolanes, sombreros y otros varios géneros que introducen; de modo que este trato ilícito, que en las demás partes de América es tan perjudicial a los intereses del Rey y del comercio de España, ha sido aquí útil. A él debe el Rey el aumento de frutos que hay en la Isla, y los vasallos, aunque muy pobres y desidiaos, están más dedicados al trabajo de lo que estarían...» Nueva prueba de que importar sin exportar es una quimera, y de que las im-

AÑOS.	Pesos.	AÑOS.	Pesos.
1813.....	269.008	1825.....	2.832.553
1814.....	484.648	1826.....	3.489.891
1815.....	1.382.046	1827.....	3.873.472
1820.....	2.028.693		

Por fin, aquella renta de aduanas que en 1765 no produjo más que 1.200 pesos, elevóse á 138.504 en 1816, á 215.272 en 1818, á 217.077 en 1820, á 584.990 en 1830, y siguió creciendo desde entonces con tal rapidez, que en 1835 importaron sus productos 746.281 pesos y 1.552.094 en 1840.

Los anuncios de Fr. Inigo se habían cumplido muy pocos años después de consignado en su memorable libro. «La mar está tan abierta á los de Puerto Rico como á sus vecinos los extranjeros, que se enriquecen con su comercio, siendo así que ninguna de sus islas puede habilitar tantos bajeles ni á precios tan cómodos como ésta, por su fertilidad y abundancia de fruto»; dijo también aquel ilustre benedictino, juntamente asombrado del empeño con que las leyes de su tiempo procuraban destruir las ventajas que las vías marítimas ofrecen á las transacciones mercantiles. Se reformaron en sentido contrario estas leyes, quedó expedito el mar, y la población de la Isla prosperó á la vez que su riqueza.

Y en verdad que, hasta el presente, apenas se ha hecho otra cosa en Puerto-Rico. Once puertos habilitados para el comercio exterior han emancipado importantes centros mercantiles de la Isla de la servidumbre en que estaban en este punto respecto á la capital, pues permiten sostener relaciones directas con el extranjero sin este obligado intermediario de otros tiempos; pero ni ha habido el necesario acierto en la elección de los fondeaderos en que se establecieron las nuevas aduanas, por cuanto se prescindió de puertos de condiciones naturales tan ventajosas como los de Jobos y Guánica, ni se ha procurado completar aquella gran reforma facilitando las comunicaciones interiores. En estos días está terminándose la carretera central, importantísima vía de 131 kilómetros que pondrá en comunicación las costas septentrional y meridional de la Isla, y se hallan además en explotación dos tranvías de vapor (1); pero á esto se hallan reducidas al presente todas las comunicaciones terrestres de la Isla; así es que sólo á fuerza de gastos, molestias y riesgos de toda especie pueden dar salida á sus cosechas los agricultores establecidos en el interior del país, y si no resultan inútiles las diferentes líneas de vapores que prestan servicio entre los diferentes puertos de la Isla y entre éstos y los del extranjero, porque la actividad del hombre arrostra todos los inconvenientes cuando le anima la esperanza del lucro, es lo cierto que la producción en Puerto-Rico no ha alcanzado aún todo el desarrollo que debe esperarse de sus excelentes condiciones naturales, á la vez que de su numerosa población, por el aislamiento en que se encuentran la mayor parte de las comarcas agrícolas respecto á los puertos á donde debieran afluir sus cosechas (2). Y he ahí por qué no esperamos

portaciones extranjeras, contra las preocupaciones de la escuela proteccionista, fomentan la producción en el país que las recibe.

(1) El de la capital á Río-Piedras, de 12 kilómetros de longitud, y el de Cataño á Bayamón, de ocho kilómetros. Hay además dos tranvías de sangre, de dos kilómetros de longitud cada uno, que ponen en comunicación á Ponce y Mayagüez con sus playas respectivas.

(2) Por lo bien que expresan esta necesidad y por la autoridad que tienen, vamos á copiar dos párrafos de la Memoria sobre los medios de impulsar la construcción de las obras públicas de Puerto-Rico, redactada en 1834 por el ilustrado Ingeniero de aquella provincia D. Enrique Gadea.

«En Puerto-Rico—se lee en la pág. 13 de este interesante trabajo—se ha resuelto tranquila y felizmente el problema social que traía consigo la abolición de la esclavitud, y en el terreno político le han sido aplicadas, hasta donde sus condiciones especiales lo permiten, las disposiciones que rigen en la Península. Hoy es una verdadera provincia española, y puede decirse que todo está preparado dentro de las leyes vigentes, para que por medio del trabajo marche resueltamente hacia su adelanto; pero para que este trabajo sea fructífero y el éxito de las primeras empresas produzca estímulo y aliento para acometer las segundas es preciso que se cuente con auxilios materiales para ello; y éstos tratándose de una provincia esencialmente agrícola y comercial; no pueden ser otros que la facilidad en los medios de comunicación, que trae consigo la baratura de los

del proyectado ferrocarril de circunvalación (1) los extraordinarios resultados que en opinión de muchos debe producir. No son precisamente fáciles trasportes de puerto á puerto los que se necesitan, porque para esto bastan las líneas de vapores establecidas y sólo falta dar á la navegación seguridad y comodidades mediante el alumbrado de las costas y el mejoramiento de los fondeaderos (2); lo que de un modo

trasportes. Es ya un hecho admitido que, para vencer la crisis porque está pasando en la Isla la industria sacarina, es necesario el establecimiento de factorías centrales; y es claro que de nada servirían éstas, si sus productos no hallasen medio fácil de ser exportados. Para que los frutos de Puerto Rico puedan hacer competencia á sus similares de otras provincias y de otros países, es preciso que los gastos peculiares de la producción no estén recargados excesivamente, como lo están en la actualidad, por los de transporte, de carga y descarga y demás que con ellos se relacionan; y semejante resultado no puede conseguirse sino con la construcción de carreteras y ferrocarriles, que concentren todas las producciones en los puertos indicados para la exportación, y que en éstos se disponga de fondeaderos, defensas, muelles, grúas, tinglados y demás construcciones, encaminadas á proporcionar economía de trabajo, de tiempo y de dinero en el movimiento de las mercancías.»

«Muchos frutos—se dice en otra parte—como la naranja, el coco, y otros varios, se producen casi espontáneamente en Puerto Rico, y sin embargo, la exportación que de ellos se hace es insignificante, porque en la mayor parte de las localidades el valor del transporte es superior al que en venta puede alcanzar el producto; resultando de ahí que se pudre al pie del árbol que le da nacimiento, cuando con buenas vías de comunicación sería objeto de una explotación retributiva, como lo es en otros países que cuentan con los elementos necesarios. Muchas comarcas del interior de la Isla se ven imposibilitadas de aumentar cultivos aún mas importantes, ante la seguridad de no poder extraer sus frutos (Como en los tiempos de Fr. Inigo Abad, pudo añadir el Sr. Gadea). En Cayey no se había cultivado más caña dulce que la necesaria para producir el azúcar destinada al consumo de la localidad; el aumento de la producción por encima de esta cifra habría sido ruinoso, por la imposibilidad de acudir á nuevos mercados. Pero tan pronto como se abrió la carretera central hasta Cayey, han adquirido un considerable desarrollo las plantaciones de caña, y sus productos vienen á venderse al puerto de la capital, desarrollándose una riqueza que antes no existía.»

(1) Según el proyecto, la longitud y coste de este ferrocarril debe ser el siguiente:

	Kilómetros.	Pesos.
De San Juan de Puerto Rico á Mayagüez, por Arecibo y Aguadilla.....	168	2.688.000
Del puerto de Martín Peña á Humacá, por Río Piedras y Fajardo.....	80	1.280.000
De Ponce á Mayagüez por San Germán.....	97	1.552.000
De Ponce á Humacá por Arroyo.....	118	2.124.000
De Río Piedras al puerto de Naguabo por Caguas y Juncos.....	60	1.080.000
Total.....	523	8.724.000

(2) En la actualidad no existen en las costas de Puerto Rico más que cuatro faros, á saber:

	Orden á que pertenecen.	Alcance de sus luces. Millas.
El del castillo del Morro (capital).....	3.º	18
El de Cabezas de San Juan.....	3.º	18
El del puerto de Ponce.....	6.º	9
El de Morrillos de Cabo Rojo.....	3.º	18

Están construyéndose el de la Isla de Culebrita, de cuarto orden y alcance de 13 millas, y el de la isla de Caja de Muerto, de tercer orden y alcance de 18 millas. De los proyectados se considera además de urgente necesidad el establecerlos en los Morrillos de Arecibo, en la Punta de Arenas (isla de Vieques) y en la isla de Desecho (frente á la ensenada de Aguadilla), y trasladar el faro de Ponce á la inmediata isla de Cardona. En el plan primitivo figuran además los faros de isla Mona y Punta Borinquen.

Respecto á puertos, puede decirse que las únicas obras llevadas á cabo son los muelles de fábrica construidos en el de la capital, cuyo fondo va á ser dragado muy en breve, pues ya se ha adquirido el tren de limpia.

Más se ha hecho en materia de correos y telégrafos. La trasmisión de la correspondencia para el interior de la Isla, se verifica desde la capital por medio de tres expediciones diarias: una en dirección Este, otra hacia el Oeste y una tercera trasversal de Humacá á Fajardo, prescindiendo de los vapores conductores de correspondencia, que vienen á sercuarenta mensuales entre entradas y salidas del puerto de San Juan de Puerto Rico. El número de oficinas para el servicio postal asciende á 79; el de buzones, á 82; el de funcionarios y agentes de todos grados, á 126; la extensión de las vías postales explotadas, á 862 kilómetros; los gastos (año 1881) á 63.288; los ingresos á 80.667, y el número de cartas depositadas á las siguientes cifras:

AÑOS	Para la Isla	Para España	Para Cuba	Para el extranjero
1877.....	805.721	96.074	23.225	32.738
1878.....	783.134	95.994	20.980	56.084
1879.....	833.592	105.856	19.920	64.039
1880.....	922.255	102.658	22.140	64.804
1881.....	1.026.662	83.710	25.366	99.388

muy especial interesa, lo que verdaderamente urge, son trasportes económicos desde los centros de producción á los puntos de embarque, y por esto consideramos más breve, más barato, y sobre todo, más eficaz, la construcción de buenas vías (carreteras bien conservadas ó ferrocarriles económicos, según las localidades) entre las poblaciones más importantes del interior y los puertos habilitados. Es evidente que aquel ferrocarril ofrecería grandes facilidades al comercio, porque éste es el resultado inmediato de toda nueva vía de comunicación; lo es también que algunas de sus secciones, no sólo merecen ser construídas desde luego, sino que constituirían excelente negocio para la empresa que se decidiese á solicitar su concesión, como, por ejemplo, la línea de la capital á Arecibo y la de la capital á Guanabo por Caguas, Río-Piedras y Juncos (1); pero no nos cansaremos de repetir que

La red telegráfica mide 833 kilómetros; las estaciones son 36 (14 sostenidas por el Estado, 21 por los municipios y una por una empresa particular); los aparatos 53, y el movimiento de telegramas el siguiente:

Años económicos.	DESPACHOS INTERIORES EXPEDIDOS		
	Oficiales.	Privados.	TOTAL
1876-77.....	6.437	41.075	52.352
1877-78.....	6.635	45.603	54.065
1878-79.....	11.603	54.371	65.974
1879-80.....	11.002	58.505	70.507
1880-81.....	10.749	60.602	71.351
1881-82.....	6.599	55.517	62.116
1882-83.....	8.155	65.442	73.597
1883-84.....	8.457	81.442	89.899

De suerte, que en el espacio de ocho años ha duplicado el número de telegramas privados.

Los despachos internacionales fueron los siguientes:

Años económicos.	Despachos.
1881-82.....	5.374
1882-83.....	5.829
1883-84.....	5.896

Respecto á años anteriores, sólo consta en los documentos oficiales que en 1876-77 se expidieron 4.840, y en el siguiente 1.795.

Las estaciones que en el año económico 1883-84 expidieron mayor número de despachos privados para el interior de la Isla, fueron las siguientes:

Estaciones.	Despachos.	Estaciones.	Despachos.
Capital.....	2.334	Arroyo.....	18.861
Mayagüez....	1.279	Utuaó.....	11.142
Playa de Ponce.....	1.265	Yauco.....	7.765
Ponce.....	1.224	Yabucá.....	6.403
Arecibo.....	1.171	Gayama....	6.034
Aguadilla....	1.152	Manatí.....	4.742
Humacá.....	1.119	Coamo.....	3.077
Fajardo.....	2.464		

Para el servicio internacional existen cuatro cables submarinos: el de la capital á Saint Thomas, en comunicación con las Pequeñas Antillas y la América del Sur, establecido en 14 de Diciembre de 1870; el de la capital á Jamaica, en comunicación con Cuba, Estados Unidos y Europa, que funciona desde 15 de Marzo de 1872, y dos que parten de la Plaza de Ponce, uno para Jamaica, y otro á Santa Cruz; pero como estos dos últimos se hallan empalmados, en realidad forman uno solo de Jamaica á Santa Cruz, y este último punto queda unido por medio de otro cable con Saint Thomas, lo que ofrece la ventaja de que, hallándose hace siete años interrumpido el de Jamaica á la capital, pueda ésta comunicar con Cuba, Estados Unidos y Europa por Saint Thomas, Santa Cruz y Jamaica, utilizando el empalme de la Playa de Ponce. En el año económico de 1883-84 la estación de la capital expidió 5.204 telegramas internacionales; la de Ponce, 692.

He aquí la valoración de la correspondencia total telegráfica en los últimos ocho años económicos:

AÑOS.	Pesos.
1876-77.....	31.917
1877-78.....	36.355
1878-79.....	47.142
1879-80.....	46.255
1880-81.....	49.616
1881-82.....	107.905
1882-83.....	131.760
1883-84.....	126.806

(1) Línea de la capital á Arecibo se recomienda por la gran importancia de esta última población (26.147 habitantes), por los populosos municipios que atraviesa en los kilómetros de longitud que median entre la capital y Arecibo, y que suman 61.266 habitantes, y porque siendo peligrosísimo el fondeadero de Arecibo, necesita esta ciudad un puerto que, como el de la capital, le permita hacer operaciones en todo tiempo y con toda comodidad. El ferrocarril de la capital á Naguabo reúne á su favor las circunstancias siguientes: la de unir disectamente la capital con el puerto de Naguabo, que es el más concurrido de la costa oriental, á la vez que el de mayor fondo, el más abrigado con respecto á los vientos reinantes y el que con menores gastos puede reunir mayores ventajas; la de pasar, entre otras poblaciones, la muy importante de Caguas, (17.035 habitantes), cabeza de partido judicial y centro de las comunicaciones con el interior de la Isla por aquella par-

lo más apremiante es facilitar el transporte á la costa de los productos del interior; y mucho tememos, por otra parte, que, si se toma por base de las futuras comunicaciones terrestres de la Isla el ferrocarril de circunvalación, tardarán en realizarse las justas aspiraciones del país, porque difícilmente se encontrará empresa que se encargue de la construcción de una línea á que no afluyen vías que la alimenten y que, por lo mismo, no puede rendir productos en armonía con los grandes capitales que reclama la construcción y explotación de un ferrocarril. Lo mejor es enemigo de lo bueno, dice el refrán, y tan funesto puede ser para Puerto-Rico recrearse haciendo magníficos proyectos de imposible, ó por lo menos de difícilísima realización, como desatender por completo el fomento de las comunicaciones terrestres á la vista del gran desarrollo que, con el auxilio de los trasportes marítimos, ha alcanzado el comercio de la Isla en estos últimos años y que ponen de manifiesto las siguientes cifras:

AÑOS	Importación Pesos	Exportación Pesos
1874.....	12.931.568	6.882.790
1875.....	13.100.269	7.615.720
1876.....	13.106.313	7.030.842
1877.....	14.379.749	10.361.750
1878.....	14.787.873	13.070.020
Promedio.....	13.661.151	2.992.224
1879.....	18.448.241	11.594.793
1880.....	14.054.024	8.572.545
1881.....	12.027.648	12.968.588
1882.....	14.815.504	11.581.384
1883.....	13.785.843	11.807.720
Promedio.....	14.626.252	11.305.006

En el quinquenio 1828-32, la importación no fué, término medio, más que de 2.395,302 pesos, y la exportación de 3.133,896, á saber:

AÑOS	Importación Pesos	Exportación Pesos
1828.....	2.039.928	2.590.726
1829.....	2.220.340	2.821.893
1830.....	2.208.941	3.411.845
1831.....	2.515.799	2.968.365
1832.....	2.971.502	3.876.653
Promedio.....	2.395.302	3.133.896

Y en el quinquenio 1865-69, todavía la importación y exportación no alcanzaron más que las cifras siguientes:

AÑOS	Importación Pesos	Exportación Pesos
1865.....	8.359.860	5.959.392
1866.....	8.628.480	5.011.090
1867.....	8.322.333	5.460.400
1868.....	8.754.689	5.230.639
1869.....	9.066.903	6.535.352
Promedio.....	8.626.453	5.639.295

De suerte que, desde el quinquenio 1828-32 al 65-68, aumentó la importación en 261 por 100, y la exportación en un 80. Desde el quinquenio 1865-69 al de 1874-78, los aumentos han sido de 58 y de 60 por 100 respectivamente, no obstante el corto espacio de tiempo transcurrido.

Las aduana, que en 1843 produjeron pesos 1.082.202, 1.051.888 en 1852, 1.514.303 en 1863 y 1.178.342 en el quinquenio 1865-69, término medio anual, en 1870 rindieron ya 2.046.025, y desde entonces han aumentado en tales términos sus productos, que en 1883 se elevaron á 2.522.420 pesos; es decir, al 70 por 100 del importe total de los recursos que constituyen el presupuesto general de ingresos de la Isla (1). Las cifras que siguen mues-

te; la deseguir con un trazado fácil las cuencas de los ríos Grande de Loiza y Gurabo, en cuyas vegas existen terrenos feraces, sin otro aprovechamiento en la actualidad que el de los pastos, por la dificultad de los trasportes; y la de pasar por medio de los grandes yacimientos de mineral de hierro magnético, inexplotados hasta el día por falta de medios de comunicación económicos.

(1) La liquidación de los presupuestos de ingresos

tran detalladamente este aumento, año por año, desde el 1874, y con distinción de derechos de importación y derechos de exportación:

AÑOS.	Importación. Pesos.	Exportación. Pesos.	TOTAL Pesos.
1874.....	1.673.236	416.109	2.119.345
1875.....	1.776.989	515.202	2.293.191
1876.....	1.844.941	530.922	2.375.863
1877.....	1.928.496	373.076	2.301.572
1878.....	1.791.827	463.686	2.255.513
1879.....	2.254.715	499.595	2.754.310
1880.....	2.112.374	330.438	2.442.812
1881.....	2.139.522	258.969	2.398.491
1882.....	2.079.205	274.190	2.353.395
1883.....	2.235.146	387.274	2.522.420

correspondientes á los cinco años económicos transcurridos desde el 1862-79 al 1882-83, ha dado el resultado siguiente, por término medio anual:

Conceptos	Pesos
Contribuciones.....	584.608
Aduanas.....	2.482.088
Efectos timbrados.....	256.826
Bienes del Estado.....	25.975
Ingresos eventuales.....	214.643
Total.....	3.564.140

Los gastos ascendieron, por término medio anual, durante el mismo periodo, á 3.527.046 pesos, en esta forma:

Conceptos	Pesos
Obligaciones generales.....	782.854
Gracia y Justicia.....	260.621
Guerra.....	1.195.972
Hacienda.....	282.378
Marina.....	65.453
Gobernación.....	677.852
Fomento.....	261.916

De suerte, que resultó un sobrante de 37.094 pesos por término medio anual, y de 185.467 durante todo el quinquenio.

En 1758 los ingresos públicos sólo importaron 6.885 pesos, 10.814 en 1765 y 47.500 en 1778. En este último año se recibieron de Méjico 487.858 pesos. Hé aquí los ingresos y sumas satisfechas con el situado de Méjico en algunos de los años posteriores:

Años	Ingresos	Situado	Total de gastos
1789.....	186.391	384.260	470.651
1790.....	215.967	642.817	858.784
1791.....	234.413	410.963	645.376
1794.....	518.344	299.979	818.323

En 1823 importaron los ingresos 362.209 pesos, 614.339 en 1827, 926.007 en 1830 y 957.130 en 1832. Los situados dejaron de recibirse desde 1810 á causa de la insurrección de Méjico.

Posteriormente los gastos é ingresos generales de Puerto Rico han ido elevándose en los siguientes términos:

AÑOS.	Ingresos. Pesos.	Gastos. Pesos.
1850.....	1.709.107	1.665.589
1855.....	2.208.752	2.282.483
1860.....	2.316.096	2.684.746
1863-64.....	3.047.908	2.441.000

Sumado el importe de los ingresos y gastos correspondiente á todo el periodo que comprenden los precedentes datos, esto es, desde 1.º de Enero de 1850 á 30 de Junio de 1864, resulta respectivamente un total de 23.092.622 y 30.033.233 pesos, y por lo tanto, un sobrante de 2.059.389 pesos, que se invirtieron principalmente en la Isla de Santo Domingo.

Los presupuestos posteriores se elevan á las cantidades siguientes:

AÑOS económicos.	Ingresos. Pesos.	Gastos. Pesos.
1865-66.....	3.125.773	3.495.152
1870-71.....	2.630.000	1.942.581
1874-75.....	3.504.904	8.209.737
1878-79.....	3.531.830	3.686.098
1880-81.....	3.786.650	3.615.063
1881-82.....	3.786.650	3.615.063
1882-83.....	3.920.084	3.864.615
1883-84.....	3.863.376	3.926.068
1884-85.....	3.863.376	3.658.781

En el presupuesto provincial de la Isla, correspondiente al año 1884-85, los ingresos importan 333.644 pesos, y lo mismo los gastos. Los primeros consisten principalmente en la Lotería, cuyos productos se estiman en 211.500 pesos (el 63 por 100 del presupuesto total) y una derrama '83.870 pesos). Los demás ingresos consisten en productos de bienes de la provincia (3.027 pesos), ingresos de beneficencia (948), é ingresos eventuales (33.300).

El presupuesto provincial de gastos comprende las secciones siguientes:

Servicios.	Pesos.
Obligaciones generales.....	27.290
Fomento.....	130.970
Beneficencia.....	47.098
Hacienda.....	9.470
Lotería.....	116.792
Cuerpo municipal.....	3.024
Total.....	333.644

De las mercancías que en 1883 alcanzaron mayores valores en el comercio de importación, fueron las siguientes:

MERCANCÍAS	Pesos.
Tegidos é hilados.....	2.992.690
Arroz.....	1.520.279
Oro y plata acuñados.....	761.204
Máquinas motrices.....	678.192
Productos químicos, farmacéuticos y perfumería.....	486.181
Vinos generosos y espumosos.....	472.208
Tabaco elaborado.....	425.083
Tasajo y carne salada.....	360.731
Manteca de cerdo.....	321.403
Calzado.....	313.640
Harina de trigo.....	311.730
Carne de cerdo.....	309.120
Bacalao y pez palo.....	300.709
Tablas y maderas de construcción.....	236.038
Papel y sus aplicaciones.....	219.223
Coñac, brandy y rom.....	216.113
Tabaco elaborado.....	214.668
Bocoyes.....	210.702
Cerveza y sidra.....	195.897
Vino común.....	179.852
Jabón común.....	169.745
Sombreros.....	149.641
Aguardientes.....	143.619
Queso.....	140.146
Hortalizas.....	136.332
Conservas alimenticias y dulces.....	126.820
Legumbres secas.....	126.528
Ginebra.....	117.246
Vidrio y cristal hueco.....	108.733
Aceite de olivas.....	106.358

Es evidente que estas mercancías no habrán presentado en años anteriores el mismo orden en la escala de las importaciones, y posible es también que algunos artículos, que no figuran entre los precedentes por no haber ascendido su valor á 100.000 pesos en 1883, hayan superado esta cantidad antes de este año, por cuya razón nos habíamos propuesto incluir en el cuadro los datos de todo un quinquenio; pero como las estadísticas que publican las oficinas de Puerto Rico, no sólo carecen de un cuadro expresivo de las principales mercancías importadas, sino que ni aun dan á conocer en totalidad la cantidad y valor de cada artículo, y es preciso, por lo mismo, sumar las cantidades consignadas en los estados parciales (1), lo

Los presupuestos municipales de ingresos correspondientes al año económico 1883-84, importaron 2.203.399 pesos; los de gastos, 2.099.709.

De modo que la Isla paga en conjunto para el sostenimiento de las cargas pública, 6.400.419 pesos, en esta forma:

Para los gastos generales.....	3.863.376 pesos
Para los gastos provinciales.....	333.644 »
Para las gastos municipales.....	2.203.389 »
Total.....	6.400.419 »

Los mencionados presupuestos municipales de gastos comprenden los conceptos siguientes:

Gastos municipales	Pesos
Gastos de Ayuntamientos.....	379.061
Policía de seguridad.....	181.637
Policía urbana y rural.....	141.536
Instrucción pública.....	257.952
Beneficencia.....	150.204
Obras públicas.....	219.571
Corrección pública.....	81.237
Censos pensiones y otras cargas.....	171.674
Obras de nueva construcción.....	33.039
Imprevistos.....	35.757
Resultas de ejercicios cerrados.....	407.152
Total.....	2.099.709

Los presupuestos municipales más importantes de la Isla son los de la Capital y Ponce, que en el referido año económico 1883-84 importaron las sumas siguientes:

Gastos municipales	Capital Pesos	Ponce Pesos
Gastos de Ayuntamiento.....	19.645	18.090
Policía de seguridad.....	26.889	25.098
Policía urbana y rural.....	35.944	20.178
Instrucción pública.....	21.268	24.874
Beneficencia.....	15.830	18.322
Obras públicas.....	14.250	24.580
Corrección pública.....	10.467	6.362
Cargas por censos, pensiones, etc.....	38.473	22.614
Obras de nueva construcción.....	»	2.609
Imprevistos.....	3.000	2.000
Resultas de ejercicios cerrados.....	49.036	36.484
Total.....	234.802	201.211

El presupuesto de ingresos municipal de San Juan de Puerto Rico importó 212.564 pesos en el mencionado año 1883-84; el de Ponce, 209.778; de suerte, que el primero presenta un déficit de 222.238 pesos, y el segundo un sobrante de 8.567.

El importe de los demás presupuestos municipales de la Isla oscilaron en dicho año económico en 7.400 pesos (el de Trujillo Alto) y 111.065 pesos (el de Mayagüez).

(1) En efecto, tanto las mercancías importadas como las exportadas, aparecen distribuidas en dos cuadros: uno expresivo de las procedencias de Europa y Africa, y otro que comprende las de América y Asia. La agru-

cual constituye un trabajo harto molesto, nos hemos limitado á hacer esta operación con los datos correspondientes al año 1883, que, por otra parte, dan una idea bastante exacta del hecho perseguido, sobre todo si añadimos que también se aproxima mucho á los 100.000 pesos la importación de petróleo, manteca de vaca, pescado fresco, loza, parafina y estearina, cueros y fósforos.

El resto de la exportación consiste en ganado caballar, maderas, aguardiente de caña, maíz, naranjas, sebo, gallinas y cueros, pero en pequeñas cantidades; así es que el ganado caballar y las naranjas, no obstante ser entre las mercancías que acabamos de nombrar las que alcanzaron mayores valores en la exportación de 1883, no figuran en la Estadística de este año más que con 18.872 y 14.424 pesos respectivamente, (674 caballos enviados en su mayor parte á Cuba, y 4.807.880 millares de naranjas remitidas en su totalidad á los Estados Unidos).

Adviértese fácilmente que los países que más exportan en Puerto Rico son, por este orden, los Estados Unidos, Cuba, Inglaterra, España, Francia y las posesiones danesas é inglesas de América; y los que más importan, también por el orden con que los vamos á consignar, Inglaterra, España, Estados Unidos, posesiones danesas de América, Cuba, Alemania y posesiones inglesas de América.

De suerte, que la mitad de lo que exporta Puerto Rico (el 49,7 por 100) se dirige á los Estados Unidos y á Cuba y algo más de la mitad de lo que importa (el 25,5 por 100), recíbelo de Inglaterra y España.

J. JIMENO AGIUS

(Continuará).

REVISTA DE MADRID

Cosa que de todo tenía menos de fácil le parecía a gran Cervantes la tarea de hinchar un perro; más difícil que esto es escribir una revista de Madrid en las presentes circunstancias. Lloviendo con frecuencia, lo cual priva á las gentes del paseo; cerrados ya todos los teatros de primer orden, de los cuales solamente uno

pación no puede ser más arbitraria, porque nada de común tienen los países agrupados; es, por lo mismo, perfectamente inútil, y lo fuera también aunque, como sucede en la estadística mercantil de la Península, se formara un cuadro para cada una de las cinco partes del mundo, en atención á que lo digno de examen y estudio no es el comercio sostenido con la totalidad de los países que constituyen la Europa, la América, etc., porque esto nada dice y nada enseña, sino la importación y exportación de cada uno de los Estados con que se mantienen relaciones mercantiles; pero todo podría tolerarse á cambio de añadir un cuadro que diera á conocer en su totalidad la cantidad ó valor de mercancía; es decir, un cuadro que resumiese los dos Estados á que hemos aludido al principio de la presente nota; porque de este modo podríamos saber á simple vista, sin necesidad de operación alguna aritmética, la cantidad y valor total de hierro, arroz, vino, etc., noticia que no se encuentra en la publicación oficial. Y sin embargo, no es este el único defecto que encontramos en la Estadística mercantil de Puerto Rico.

En efecto, sino figura en la escala que hemos formado de las principales mercancías importadas el carbón mineral, es porque no se consigna su valor en la publicación oficial, como si fuese motivo para omitir este detalle la circunstancia de no devengar derechos aquel artículo, al paso que se consignan los valores y hasta los derechos correspondientes á los dos indicados grupos de Europa y África y de América y Asia en cada uno de los años que forman el quinquenio, lo cual, repetimos, nada enseña; no se hacen iguales comparaciones con respecto á las principales mercancías importadas y exportadas, ni con respecto á las naciones con que mantiene la Isla relaciones mercantiles, ni en orden al movimiento de cada una de las aduanas de la provincia: así es que quien desee saber si alguna de éstas aumenta ó disminuye en importancia; si crece ó mengua el comercio de Puerto Rico con determinada nación; si se eleva ó desciende la importación ó exportación de un producto dado, necesitará acudir á cada una de las estadísticas publicadas en años anteriores, y formar un cuadro que, sin ningún trabajo, pudieron haber hecho las oficinas de Hacienda; por fin, se ha incurrido en descuidos tales como consignar en diferentes pasajes del libro los 100 kilogramos como unidad de peso, en vez del kilogramo; de suerte que, por ejemplo, el que consulte el estado de la pág. 142, creerá que en 1883 se exportaron de la Isla 79.738.103 quintales métricos de azúcar, porque junto á esta cifra se consigna como unidad de peso los 100 kilogramos; mientras que si toma el dato del cuadro correspondiente á la página anterior, afirmará que sólo salieron de Puerto Rico 79.738.103 kilogramos, ó sea 797.381 quintales métricos.

mantiene abiertas sus puertas, arrastrando la vida lánguida a que le condena el retraimiento del público; falto de novedades el circo donde los payasos de siempre repiten monótonamente sus gracias trasnochadas de hace treinta años; las *ecuyeres* sus conocidas cabriolas y los caballos sus eternas habilidades; ausentes ya del Real las partes principales que aún no hace mucho tiempo le llenaban con sus gorgoritos, la vida madrileña ha entrado en ese período de atonía que precede á los viajes del estío, á las estaciones balnearias, á las visitas á París y á las excursiones por Suiza.

Y no es esto sólo. Estamos también en pleno período electoral, y aquí donde la política asume el interés general y es manjar favorito de todos los paladares, nadie se ocupa hoy por hoy en otra cosa que en hacer cábalas sobre la constitución del nuevo Ayuntamiento. Por donde quiera se oye hablar de trabajos de la oposición, de intrigas gubernamentales, de *meetings* de electores y discursos de candidatos. Dará pruebas de conocer poco á Madrid, y aun de no conocerle nada, el que estos días vaya á pedirle noticias que no sean políticas. Desde el día en que la coalición se hizo y se publicó la convocatoria, nadie piensa en otra cosa. Gracias que el domingo se dé al ánimo un poco de tregua para asistir á los toros y sacrificar la preocupación constante en el altar de *Lagaritjo*.

Como la política, además de terreno vedado, es fruto de mal sabor para nosotros, huyamos de estas miserias del bajo mundo, de estas luchas mezquinas con que entretenemos los ocios y en que gastamos la existencia; de este choque de pasioncillas encontradas que ponen de manifiesto nuestras tristes debilidades, y dejando los arrecifes peligrosos de esa prosa ramplona, aburrida y cansada, que amontona censos electorales, abusos consumados, ilegalidades cometidas, retirémonos al mundo del arte donde no llega la algarabía de este otro, que de tal modo nos oprime y nos agobia; retirémonos á ese místico santuario en que la parte más pura de nuestro ser se revela como en virtud de evocación poderosísima y mantiene mudo lenguaje, diálogo silencioso y elocuente con la idea de la divinidad. Dejemos que otros se arrastren ó anden á tientas por la falda de la montaña, fijes los ojos en el suelo que los sostiene, y vamos nosotros á la cumbre donde el viento orea, donde el sol brilla, donde la Naturaleza parece más amiga y más bella la creación.

Desde hace algún tiempo, y gracias á la iniciativa del Sr. D. Emilio Arrieta, Madrid cuenta con un nuevo espectáculo. Dos veces al mes la Escuela de Música y Declamación presenta á sus alumnos más aventajados en ejercicios lírico-dramáticos que obtienen el aplauso unánime del público que ocupa con anticipación todas las localidades del elegante saloncillo del Conservatorio.

Espectáculo extraño y al mismo tiempo curiosísimo, que hace pensar al que indiferente asiste á él presentando el concurso de su asistencia como elemento valioso á la educación de aquellos jóvenes! Cada alumno que sale á pasos torpes, tropezando con las sillas, sin acertar á sentarse, dominado por esa emoción á que no escapa ninguno de los que por primera vez se presentan ante un público,—siquiera sea este tan benévolo como aquel que allí va á escucharles—lleva consigo una esperanza, una ilusión que crece cada día más, siente en su corazón y en su cerebro algo que le anima y le estimula, y sostiene su ánimo si decae, y le presenta fácil el camino erizado de dificultades y que pretende seguir. Todos ellos se ponen convulsos al piano, aprietan instintivamente contra su pecho el instrumento á que quieren hacer intérprete de sus sentimientos y vehículo de sus ideas, ó estrujan con temblor nervioso el papel sembrado de signos que nada dicen para el profano y que ellos han de traducir en un torrente de armonía. Las primeras notas, los primeros sonidos son débiles, inseguros como los pasos de un niño que aún no se ha soltado á andar; unos tocan ó cantan muy deprisa, otros muy despacio, ninguno tiene confianza en lo que estudió, ni firmeza en lo que sabe. Aunque no miran al público, le ven delante de sí, indiferente, cansado, burlón, en forma de muchos ojos que hacen guiños, de muchos labios que se contraen, en forma de miradas compasivas que hacen daño ó de sonrisas de conmiseración que hacen más daño todavía. Llega á sus oídos rumor confuso de voces que hablan bajo y cuchichean entre sí, de risas ahogadas mezcladas á sollozos comprimidos de la madre que también está allí viéndolo todo, sufriendo más que ellos mismos... Poco á poco el arte se impone; el geniecillo travieso que corre por las teclas del piano ó salta por las cuerdas del arpa y el violín, ó se escapa por los registros de las trompas, ó enreda por las líneas del pentagrama, abstrae su atención de todo aquel mundo que les rodea, rómpese la magnética corriente que les ataba al monstruo, y en su lugar se establece esa otra corriente misteriosa que une al artista con el arte. La inspiración baja, serena y majestuosa guiando la mano del alumno, inflamando su cerebro, despertando en su alma sentimientos indefinibles. La obra que pensó el maestro aparece hermosa, deslumbrante, bien detallada, vibra el sonido con ecos de

arrobadora melodía, caldéase el aire de la sala, corre el entusiasmo de un lado para otro poniendo en conmoción el ánimo de los oyentes, los ojos perciben luces no encendidas y los oídos rumores no modulados, y avasallador, grandioso, con resonancias de trueno, el aplauso brota y lo llena todo, y se vé en la escena un joven que saluda agradecido y allí, en un rincón de la sala, una pobre mujer que llora conmovida al presenciar el triunfo de su hijo.

Estos son los mejores ratos; hay otros que no son tan buenos. Cuando el alumno no está á la altura de lo que hoy se exige á un artista, el público, más desinteresado que la familia, más imparcial que el profesor, ve desde el primer momento la inutilidad de aquel esfuerzo, el espectáculo de aquella impotencia, un ave sin alas que quiere volar y no puede elevarse sobre el suelo, un condenado al suplicio horrible de comprender la belleza y no saber expresarla, ciego que de noche y de día vé la luz no alcanza á ver el sol, sordo que oye en sus sueños sublimes armonías y para quien la vida no es más que un desierto silencioso, con el silencio del vacío; entonces el espectador sufre y se apena, querría desengañar á los que se equivocan y no se atreve, pensando que la muerte puede ir envuelta en aquel duro desengaño. Porque la palma de victoria puede ser más que un deseo, más que una ilusión; puede ser también una necesidad, necesidad del espíritu enamorado de lo bello ó necesidad imperiosa de la vida. Quizá detrás de aquel alumno que calumnia al maestro á quien pretende interpretar, hay toda una familia que tiene hambre y frío, y para quien las notas desacordes que él arranca torpemente al instrumento, son frases de dulzura que hablan de un porvenir risueño y hacen promesas de ventura. Entonces, sólo es de simpatía la corriente que une al público con el ejecutante; terminada la pieza, el público calla; alguno más amigo ó más generoso aplaude, y entonces se ve en la escena un joven que se retira avergonzado, y en la sala una mujer que esconde el rostro en el pañuelo.

Y el público también es un público *sui-generis* que no se parece á ningún otro. Como la fiesta es de convite, todos los que llenan la sala son parientes ó amigos de los alumnos; todos, pues, están interesados en su triunfo, toman parte en sus ansias, saborean con ellos el aplauso, ó devoran con ellos la censura. Para el espectador imparcial, igual interés ofrece la vista de la sala que la vista del escenario; hay los mismos temores, las mismas dudas, los mismos despechos, las mismas satisfacciones. Los sentimientos que ya no pueden percibirse en el alumno, sujeto á la atracción misteriosa del arte, pueden seguirse paso á paso en el rostro del público. En los intermedios, crúzanse las enhorabuena de butaca á butaca, sinceras las unas, guiadas por la envidia las otras, y el interés con su mágica linterna y su montón de fantasmagorías, corre de un lado para otro, abultando los triunfos propios y empujando los extraños. Que así es la humanidad y así hay que considerarla, tal como es y sin modificaciones.

La ventaja que de estos espectáculos reportan los alumnos, está bien á las claras. Poco á poco se les acostumbra al público, se les familiariza con la vista de ese monstruo poderoso como Dios, que todo lo puede, y que, como Dios también, saca las cosas de la nada. Primero ven el público amigo que va á estimular al estudiante; luego irán ante el público benévolo que asiste á los debuts; y ya más tarde, se presentarán ante el público severo que da patentes de talento ó las retira, concediendo sus favores como mujer caprichosa, que cambia de amantes cada día.

La estancia en Madrid de Pereda, el insigne literato montañés, ha sido motivo de que se han aprovechado algunos de los muchos amigos que tiene entre nosotros, para hacerle objeto de una cariñosa demostración de simpatía y el otro día le dieron un almuerzo en el Inglés. En torno á la mesa á que se sentaba el celebrado autor de *Pedro Sánchez*, hallábase lo más granado entre nuestros buenos escritores: Sellés, Cano, Galdós, Palacio Valdés y tantos otros, cuyo sólo nombre sirve de pasaporte á una obra y de garantía á un editor ó un empresario.

Si convenimos en que un banquete en la época presente es la consagración del talento de un hombre, hay que reconocer que Pereda tenía derecho á este homenaje. Nadie como él pinta las costumbres populares con rosos cervantescos; nadie como él sabe manejar la luz y la sombra para distribuir las en sus cuadros y hacerlos prodigios de verdad; nadie como él para infundir aliento de vida á esas figuras que crea su fantasía y parecen robadas á la misma realidad. Sus personajes viven, hablan, se mueven, son ellos tal como son, y tal como nos los encontramos en el mundo. Ahí están para probarlo, el Tuerto y el Tremontorio de *La Leva*, *Pedro Sánchez*, y sin ir más lejos, en su última novela, el tío Mecachín y su mujer, el pa-

dre Apolinar y Casto. Hay en sus obras el perfume, la luz y el color de los paisajes que retrata. Sus libros llegan á nosotros impregnados de los olores de la montaña ó empapados en el agua del mar ó envueltos entre las arenas de la costa. Y, sobre todo, tiene esa pureza de forma que sería la desesperación de los que pretendieran imitarle, si hubiese alguno tan loco que se metiese en tal empeño; esa naturalidad que no cae en lo vulgar ni resulta del amaneramiento. Describe con la prosa de Cervantes atrevimientos de Zola.

Pero si el pintor excelente de cuadros y costumbres populares, ó el hablista correctísimo no reconoce superior en la literatura de nuestros días, no así el novelista, en quien la crítica tiene que reconocer ideas preconcebidas, exageraciones lastimosas que afean sus novelas y causan disgusto al lector imparcial de *Don Gonzalo González de la Gonzalera* y *De tal palo tal astilla*. Por eso la crítica ha acogido con mayor aplauso *Pedro Sánchez y Sotileza*, libros de esos lunares, y en las cuales no se trata de ridiculizar ideas políticas que tienen derecho al respeto de todo el mundo cuando se profesan con honradez y se sirven con sinceridad. Y sin embargo, las escenas populares de la montaña de que Pereda se ha hecho un álbum precioso, son y serán su mejor título de gloria. En las mismas dos obras últimamente citadas—las más perfectas del autor en su género—la pintura de los cuadros, la descripción de los caracteres, se sobrepone al interés de la acción y al desarrollo de la fábula que en *Pedro Sánchez* es á veces lánguida y á veces se precipita, y en *Sotileza* casi desaparece ante el relato de la regata, las riñas de las hembras de Mocejón y la pintura sombría de la galería, cuadro palpitante de emoción en que el ánimo pasa los temores, las angustias de los infelices marineros, se acongoja con ellos, con ellos llora y con ellos eleva el espíritu cuando por fin tocan la orilla y caen de hinojos sobre la arena para dar gracias á Dios por haberles salvado del peligro. Aquí está el gran mérito de Pereda, su derecho indiscutible á la inmortalidad. Como novelista no es el primero, ni quizá el segundo; como escritor castizo, como pintor de costumbres, como naturalista de raza, nadie le puede disputar el primer puesto.

Hace unos días apareció por fin el número único del periódico *Andalucía*, publicado por la prensa en provecho de las pobres ciudades andaluzas, tan terriblemente maltratadas por los últimos terremotos. Artistas de fama, escritores notables, todos han contribuido á esa obra común, aportando cada cual su óbolo para que resultase digna del objeto benéfico á que se destina. El sumario de los trabajos que contiene es, por sí sólo, una lista de hombres de talento. Llamados por la musa de la desgracia, todos ellos han acudido á remediar el mal ageno, todos ellos han llorado y han gemido sobre los escombros de las aldeas arruinadas. En los dibujos, en los trabajos literarios que bordan las páginas de *Andalucía* se vé la huella de una lágrima llorada ante tan grandes infortunios.

¡Magnífico volumen el que puede formarse con esos periódicos que, de tiempo en tiempo, se publican para llevar una palabra de consuelo á los desgraciados, *Paris-Murcia*, *Paris-Ichta*, *Biarritz-Granada*, *Andalucía*! A la conjunción de los elementos, que parecen unirse para el mal, la agrupación de los hombres unidos para el bien; frente á los rudos ataques de la Naturaleza enemiga, la humanidad que forma una masa resistente, y opone los principios de la fraternidad más pura á los desastres de la más ciega fatalidad! Ese volumen es un verdadero monumento elevado al género humano. No estamos solos, el egoísmo no reina como único señor en el mundo. Hay en nuestras almas cuerdas que vibran al unísono, y cualesquiera que sean las diferencias é intereses que nos separen, siempre estamos dispuestos á recordar que somos hombres y por consiguiente, hermanos.

En la revista anterior hice mención de un nuevo libro de poesías, que debido á la esperta pluma de Siles, el ilustrado periodista cuyos trabajos han gustado tantas veces en estas mismas columnas los lectores de LA AMÉRICA, acaba de salir á luz. Aquí está con su blanca cubierta, parecido á una urna en que el autor ha ido depositando uno á uno los recuerdos más dulces de su vida, florecillas tempranas que se alzaban orgullosas sobre el tallo, embalsamaron el ambiente y cayeron marchitas y deshojadas al primer soplo del viento...

Nada más interesante que estas primeras confidencias de un autor joven. En ellas se ve la impresión que la vista de las cosas le ha causado, la huella que en su espíritu dejó la primera ilusión, el surco que abrió en su alma el primer desengaño y el camino que hizo la primer idea á través de las celullillas de su cerebro. Por lo mismo que las primeras impresiones son tan bellas, por lo mismo son tan duros los primeros desengaños. La muerte de una ilusión es como un cataclismo en que el joven soñador cree perderlo todo. Como para él eran ángeles todas las mujeres, la primera que le burló le hace creer que todas son demonios. Igualmente alejado de la realidad cuando cree, cuando confía, que cuando duda ó cuando desespera, el que ya leyó más páginas en el libro de la vida no puede menos de sonreírse ante esos desfallecimientos, ante esos pesimismo, ante ese creer que ya no hay más allá, que la noche es eterna, que ya se tocan los límites del mundo.

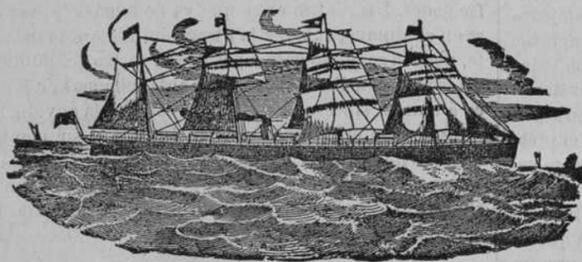
En el *Diario de un poeta* que así se titula la pequeña colección de poesías que Siles ha dado á la imprenta, hay todo eso; ayes de dolor sinceros, frases sarcásticas, dudas atormentadoras, poca luz, mucha sombra, pocas sonrisas, muchas quejas, que forman contraste con el aliento de vida que respira en todas sus páginas. Porque el dolor es signo de vida, y hay en el mundo algo peor que padecer, y es la indiferencia ante las desgracias, el dolor que no se queja de su suerte, la herida que no sangra, el golpe que no arranca un sólo grito al corazón. El libro de Siles es uno de esos libros á que aman con más cariño sus autores, porque son, sobre todo, sinceros, y al escribirlos han dejado en ellos algo de sí mismos. Otros muchos más importantes escribirá su autor, tan ventajosamente conocido ya en la república literaria; pero ninguno le encantará como *El Diario de un poeta*, libro desinteresado, que ha escrito obedeciendo á la necesidad que siente el artista de dar forma á sus sentimientos y sus fantasías. Para el público ese libro es un dato, una fecha en la vida de su autor; se lee con gusto, y al terminar se hace su elogio.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO

á cargo de B. Lanchares, Saleses, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA
COMPANIA TRASATLANTICA
DE BARCELONA
VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.
Santander el 20, y Coruña el 21, para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DE ABRIL

El 30, de Cádiz *Mendez Nuñez*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.
El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.º de Mayo

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION
La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera ha favorecido.
Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses agrícolas.
Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas seminales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas de cultivos de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES

SEVILLA

Rev.

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de caentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados.
Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS.
Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

Diccionario

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES
POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13.